Estratón de Sardes

La musa de los muchachos

(Antología de poesía pederástica)

Traducción, prólogo y notas de
LUIS ANTONIO DE VILLENA

poesía Hiperión

Bajo el título de *Μοῦσα παιδική* (*La musa de los muchachos*) reunió Estratón de Sardes en el siglo II sus composiciones de género efébico. Más tarde, algún recopilador bizantino agregó a esa obra los poemas pederásticos anónimos o de otros autores que halló en diversas antologías, surgiendo así este «libro XII de la *Antología palatina*», atribuido a Estratón, que hoy publicamos en traducción española de Luis Antonio de Villena.

Agrupa *La musa de los muchachos* 258 epigramas debidos a diecinueve poetas. Treinta y cinco composiciones son anónimas y noventa y cuatro del propio Estratón, a quien acompaña la mejor nómina de los poetas helénicos: Meleagro, Calímaco, Asclepíades, Posidipo, Riano, Antípatro, etc.

Es ésta la primera traducción completa que se publica en nuestro idioma de unos textos cuya influencia en la poesía occidental ha sido patente en los períodos de tolerancia, con ejemplos que podrían rastrearse desde Catulo, en la antigüedad romana, hasta Kavafis en nuestro siglo.

I.S.B.N. 84-7517-014-5

9 788475 170145

Ediciones Hiperión

poesía Hiperión, 34

ESTRATON DE SARDES

LA MUSA DE LOS MUCHACHOS

ESTRATON DE SARDES

LA MUSA DE LOS MUCHACHOS

Traducción, prólogo y notas de
Luis Antonio de Villena

EX LIBRIS IVAN ARENAL

Hiperión

poesía Hiperión
Colección dirigida por Jesús Munárriz
Diseño gráfico: Equipo 109

© *Copyright* de la traducción y de las características
de esta edición:
Ediciones Hiperión, S. L.
Nuestra Señora del Carmen, 11. Pozuelo Estación. Madrid-23
Apartado de Correos 33.010. Madrid
I.S.B.N.: 84-7517-014-5
Depósito legal: M.-38.221-1.980
Compuesto en: Linotipias M. Minguez. Carolina Coronado, 46. Madrid
Impreso en: Técnicas Gráficas, S. L. Las Matas, 5. Madrid-29

«MUSA PUERILIS»

(Apuntes para un libro futuro)

Aún nos extraña —y ha sido uno de los grandes tabúes de los filólogos clásicos— el saber que los griegos no sólo no condenaban la pederastia, sino que la consideraban como una institución típicamente helénica. En la *Ciropedia* de Jenofonte cuenta éste (II, 2, 28) que Ciro, chanceando con sus amigos, y estando uno de ellos echado para cenar junto a un chico feo, le dijo en broma: *¿Así es que tú, Sambaula, a la manera de los griegos, que aman siempre lo hermoso, pusiste junto a ti ese mancebo tan lindo?* Y el propio Heródoto, en *Los nueve libros de la Historia* (I, 135) dice que los persas, muy imitadores de lás costumbres ajenas, *habían aprendido de los griegos las relaciones amorosas con muchachos.* Los ejemplos podrían seguir hasta entrar en territorio latino; y ello por no aducir los sabidos y válidos de la ilíadica cólera de Aquiles (a la muerte de su erómeno Patroclo), los mitológicos furores de Zeus (por Ganimedes) y de Apolo (por Cipariso y por Jacinto) o la majestad de Alejandro Magno besando en público a su eunuco Bagoas, o llorando de ira y de rabia a la muerte de su muchachito Héfestion, narradas por Ateneo y por Plutarco...

Pero si hemos dicho que la pederastia fue (o terminó siendo, para ser más exactos) una institución *griega*, conviene aclarar que, primero, fue modo de relación entre las estirpes dorias de Grecia, y más singularmente, en Esparta. Lo que siempre sorprende a los que —ignaros— suelen entender cualquier relación *masculina* como afeminamiento, y ello porque es sabido el carácter guerrero y militar (con el cultivo de virtudes clásicamente *viriles*) que caracterizan al estado lacedemonio. Esparta instituyó una suerte de *pederastia caballeresca*, por la que un hombre maduro transmitía a su joven amante el conjunto de virtudes y aspiraciones guerreras (valor, camaradería, lealtad, nobleza) que era la base rigorista de la sociedad espartana, más estrictamente, y de las estirpes dorias, en sentido más amplio. En el combate, amante y amado formaban juntos (al menos, en ciertos batallones de élite) y ello lograba ejércitos valerosos y difícilmente destructibles. No otra cosa fue el célebre *batallón sagrado* formado en Tebas por Pelópidas y Epaminondas. La relación entre erasta y erómeno —transmisión de la *virtus* guerrera— suponía una mezcla peculiar de amistad y amor, que es la voz específica, no sé si del amor homosexual, pero sí, desde luego, del eros paídico. Terminado ese ciclo educativo (y la relación, al menos, en uno de sus aspectos) el muchacho debía cumplir sus deberes conyugales —procreativos— para iniciar, más tarde, un ciclo nuevo en el que el antiguo y juvenil erómeno se habrá convertido en maduro amante. La relación, por lo demás, era claramente erótica, compaginando así (contra tantas opiniones contemporáneas) la satisfacción carnal con una educación que vigilaba el Estado. Pues el muchacho que, al borde de concluir la adolescencia, no había encontrado amante, era tenido como asocial, o mal visto como individuo arisco o poco tratable...

El amor *dorio* es, pues, la encarnación sentimental de

la fratría guerrera, aceptada por una comunidad donde los roles específicos de masculinidad y femineidad son distantes. De forma que este ἔρως παιδικός, no es sino el germen de la *caballería* futura, y el canon clásico de la educación de la clase aristocrática helena, que es la retratada en su esplendor por Homero en *La Ilíada*, y cuyos valores (aunque no precisamente los pedagógicos) empezaron a hacer crisis en los siglos VII y VI antes de Cristo.

Teognis será, en esa época, el poeta que, fuera ya de la musa épica, represente en sus *Elegías* (libros considerados como *de texto* durante siglos en Grecia) los ideales cívicos —un tanto lejos ya de lo estrictamente guerrero— del eros pederástico dorio. Dirige a su erómeno Cirno consejos y recomendaciones —al mismo tiempo que poemas amorosos— que constituyen el canon gnómico de un erotismo reputado básicamente como educativo. Teognis confiesa, claramente, los dos tonos de la pederastia: placer y pedagogía. Dice:

Amar a los muchachos es cosa placentera, pues el hijo de Cronos,
rey de los inmortales, antaño se enamoró de Ganimedes,
y raptándolo se lo llevó al Olimpo y lo divinizó,
adornado como estaba por la amable flor de la mocedad.
No te extrañe, pues, Simónides, haberme visto también a mí
caer bajo el yugo de un muchacho hermoso...

(VV. 1345 a 1350)

Y luego:

Muchacho, no vayas de juerga, y presta oído a un viejo:
los jolgorios no son convenientes para un joven.

(VV. 1351-1352)

La poesía de Teognis de Mégara es, en cierta medida, el punto intermedio entre la concepción caballeresca del amor dorio y los ideales cívicos y más tradicionalmente pedagógicos que adoptó la pederastia en Atenas. En una

sociedad que no era guerrera, sino política, la enseñanza de la *virtus* pasó de lo militar a lo civil, de los ideales de lucha a los de convivencia. De ahí que —más cercanamente— sea el eros paídico ateniense el que se nos presenta como esencialmente *educativo*. Una cadena literaria nos llevaría, pues, de Tirteo —que canta los ideales guerreros dorios, aunque no es poeta erótico— a Teognis, y de éste a Píndaro y a Platón...

El eros pederástico ateniense será, pues, esencialmente pedagógico. El muchacho entra en relación con un adulto (imaginemos el sol ático, el sudor juvenil de las palestras) en cuya camaradería aprenderá las virtudes y los deberes del ciudadano. Gimnasia, retórica, leyes, y finalmente *filosofía*, que podía no ser —al principio— sino ese deseo raciocinante y clarificador sobre el hombre (sobre uno mismo) que alentó a los primeros sofistas. Los deberes conyugales del joven vendrían después, y también después su renovación erótica (con otro muchacho) del ciclo. Ahora bien, la paidofilia ateniense, por no ir unida, como la espartana, al viejo ideal de la fratría guerrera, ya no podrá ser una institución del Estado. Será una costumbre (afirmativamente sancionada, salvo ciertos abusos, por las leyes de Solón), será una manera de relación educativa —sólo entre hombres libres—, será un ideal filosófico, pero empezará a ser también, y con mucha fuerza, un ideal estético. Lo que no quiere decir que no se hubiese alabado o estimado antes (en el eros dorio) la belleza del muchacho, sino que ahora, y por sí misma, la belleza será ya un alto valor... De todo este erotismo ático (vario en sus manifestaciones) hallaremos muestras en los dramaturgos, en los oradores, en los poetas, pero sobre todo —y ése es su más característico tono— en Platón. El *eros socrático* que viene a ser, en último término, *eros platónico*, no será sino una sublimación filosófica del eros pedagógico ateniense. La belleza y el trato con el erómeno

se convierten en vehículos para que el alma —por ese amor— retorne a su primera morada en el cortejo de los inmortales... En tres de sus diálogos esencialmente *(Lisis, Fedro* y *El Banquete)* desarrolla Platón toda su hermosa concepción del amor, basada en el eros paídico. Y no deja de ser paradójicamente curioso que el término con el que la cultura occidental ha designado la forma más espiritualizada del erotismo *(platónico)* sea, en su origen, una manera de amor que esa misma sociedad repudia.

En el *Cármides,* la aparición del muchachito que da nombre al diálogo turba a Sócrates, cuando por el entreabierto manto le ve los muslos, mientras el chico le mira... Y Píndaro —según la leyenda— murió ya viejo en el teatro de Argos, apoyado en las rodillas de un hermoso muchacho al que había dedicado un encendido elogio (del que sólo conservamos un bellísimo fragmento): Teóxeno de Ténedos.

Es en el tiempo bueno de la juventud,
cuando conviene atrapar el amor, alma mía.
Mas aquel a quien los brillantes rayos
que de los ojos de Teóxeno brotan,
no hacen desbordar en deseo, un corazón
negro tendrá sin duda, forjado con hierro
o acero por alguna llama fría...
Desdeñado por Afrodita de claras pupilas,
torpemente penará por enriquecerse, o bien
su alma se dejará arrastrar, sometida
al impudor de las mujeres, y no sabrá otro
camino que servirlas... Mas yo, por la misma
diosa, como cuando muerde el calor la cera
de las sagradas abejas, así me consumo,
cuando miro la fresca juventud de los muchachos...

Si Jaeger ha definido a la cultura griega como una paideia, esa característica en nadie es más clara que en el eros socrático y en Platón. En este último, el amor (paidófilo) es el deseo de recuperar el hombre su propia integridad, buscando una Belleza absoluta, eterna e inmu-

table a través de la relación filosófico-erótica con un ser que cuenta con el arranque (simbólico) de esa perfección... La concepción platónica es así la sublimación también de la camaradería, en cuanto sobre las relaciones sexuales (posibles) existe la amistad, una amistad, eso sí, erotizada, física, anhelante, imagen en belleza de otra imagen... La paidofilia para Platón viene a representar (según Licht) la necesidad de lo originalmente hermoso y la atracción física por el mundo primigenio de las ideas. La belleza juvenil, como impulso de la filosofía.

Pero cuando Filipo de Macedonia (que en Queronea destruyó, en 338 a. de C., el *batallón sagrado* de Tebas) y después su hijo Alejandro someten Grecia entera, dando principio al Imperio macedónico y al mundo helenístico, los valores *estatales* que cimentaban la paidofilia como *institución* caerán al tiempo mismo que las *polis*. La nueva política es lo suficientemente amplia, ambiciosa o abarcadora como para no regular un tipo de relación (sin duda aún prestigiosa), pero basada en un cierto elitismo ciudadano. El *eros dorio* muere con los macedonios y también el *eros ateniense*, al menos como posibilidad de vida práctica. Pero, por supuesto, nadie condena la pederastia. ¿Cuál es, pues, el nuevo estado? Del eros dorio no queda más que un vago ideal antiguo, y el amor socrático —unido a una filosofía— vive como aspiración de sabios y letrados; en general, de almas particularmente sensibles. Todo ello constituirá un fondo al nuevo erotismo, que como antes anticipé, une a la sensualidad, como máxima virtud, la belleza. Dije ya que el culto a los muchachos bellos había sido siempre importante —imprescindible casi— en la paidofilia griega, pero la belleza no era el único factor. El muchacho cretense que había de ser *raptado* por su amante (en un ritual integrado a los hábitos dorios) podía —y ello era un valor— ser guapo, pero ante todo debía ser honesto, digno, noble... apto, así, para recibir

los ideales de la *virtus* guerrera que compartiría con su erasta. En Atenas la belleza gana un grado, porque aunque no sea ella —al menos no la corporal— lo único valedero, *nihil est in intelectu quod prius non fuerit in sensu*, es decir, que el vuelo filosófico brotaba necesariamente de la contemplación de la belleza física, aunque buscase luego, y también, la del alma. Con el helenismo, sin embargo, la belleza será todo: Belleza y sexo son complementos. Se apetece la pederastia platónica, pero se busca, sobre todo, la gracia efímera y espléndida del muchacho, concebido como encarnación y nostalgia de la primavera del mundo. El efebo sigue siendo *simbólico*, pero el símbolo es ahora más terrestre. Y si tenemos en cuenta que el marco de la paidofilia helenística es, muchas veces, la nueva urbe cosmopolita, nos acercaremos mucho a los avatares modernos: El ideal de la Belleza —si no restos de algo más antiguo y cada vez más imposible— lo preside todo, pero nace también el descarado comercio (la prostitución, naturalmente, no era nueva, pero había sido, eso sí, denostada), los muchachitos *interesados*, la búsqueda del regalo, las orgías sensuales, y todas las situaciones —pícaras— que favorece el callejeo: engaños, ardides, comedias para atrapar lo amado... Y por supuesto la literatura, que ya es rica en efebofilia, incrementa sus temas, al mismo tiempo que comienzan a surgir los *topoi*... El eros paídico helenístico es el que vemos magistralmente representado en la Μοῦσα παιδική de Estratón de Sardes. Y es el que, evidentemente, heredó y recreó Cavafis. No está exento de idealismo (la paidofilia es siempre idealista) pero le falta institucionalidad. Y, naturalmente, el erotismo muchachil que nos enseña la literatura latina no es sino la directa continuidad —más que herencia— del helenístico. La pederastia variaba de intenciones y de modos, pero lo que no varió (hasta el triunfo legal

del cristianismo) fue la tolerancia, cuando no el elogio —la normalidad en cualquier caso— de esos modos.

La época imperial nos ofrecerá muestras varias de paidofilia, y así, desde las historias típicamente helenísticas de Catulo o de Tibulo, veremos el intento de resurrección socrática de Adriano, las compilaciones sobre el género de Máximo de Tiro o de Favorino, y el gran poema épico de Nonno de Panápolis, *Dionysiaca*, que es un larguísimo relato, con abundantes incursiones paídicas y homoeróticas, en la historia mítica del dios Dionisos. Aunque parece ser que Nonno era cristiano (vivió hacia la mitad del siglo V de nuestra era) su *Dionysiaca* es un último y encendido canto al paganismo.

A partir del siglo II —si no antes— comienza a hacerse popular en las ciudades del Imperio un tipo de sofista que con atuendo y retórica de filósofo va criticándolo todo y adoptando —vano de ideas— la pose del *sabio*. La mayoría de estos interesantes y errabundos personajes (duramente criticados por Luciano en obras como *Los fugitivos*, *Sobre la muerte de Peregrino* o el *Icaromenipo*) eran en realidad embaucadores de oficio, charlatanes y sacamuelas más o menos notables, e incluso hechiceros envueltos con frecuencia en engaños y trapacerías. A veces muchos de estos *filósofos* (antes de dedicarse al nuevo menester) habían sido zapateros, cardadores de lana o incluso esclavos... En cualquier caso, nuestros sofistas eran aficionados a las palestras y a las escuelas moceriles, y con harta frecuencia trataban de seducir con sus teorías vacuas y su *sapiente* aspecto a los muchachos... El eros paídico pierde con ellos todo elemento *dignificador* y deja paso con frecuencia a alguna forma de corrupción, ya que muchos chicos eran engañados por la cháchara de los barbados habladores. (El Peregrino cuya vida narra Luciano —por ejemplo— fue perseguido en Armenia por corrupción de muchachos.) En estos pseudofilósofos

—tantas veces parabolanos y ladrones— hemos de ver una de las causas (sólo una) del desennoblecimiento de la paidofilia. Los cristianos presionaban en su contra —y en contra de toda relación sexual libre— y muchos de los que podían defender ese eros paídico lo degradaban con engaños. A extremo tal que *filósofo* y *pedagogo* llegaron a ser términos sinónimos de pederastia. El ideal del muchacho hermoso καλοκάγαθος, concluye (por innatural proceso) en deseos masturbatorios a chulitos y chicos de terma...

La pederastia seguía, con todo, viéndose como algo natural. Acaso *excesivo* y posiblemente deteriorado, pero en absoluto contra natura. Claro que los cristianos la aprovecharon —su decadencia— como alegato contra el paganismo. San Pablo había condenado (entre tantas cosas) el homoerotismo. Y los emperadores cristianos Valentiniano el Joven y Teodosio consideraron la relación con jóvenes como un crimen. Era el año 374, y ahí empezaba (cabe suponer que aún no contundentemente, al menos en la parte oriental del Imperio) una larga historia de fuego y censura. Más tarde (en 536 y 544) Justiniano, emperador de Oriente, dictó dos *novellas* contra los que *luxuriantur contra naturam*. El paganismo ha muerto (de muerte violenta) y el espíritu judaico que destruyó Sodoma reinará por siglos. El cristianismo hizo rodar por tierra lo que no sólo había sido una costumbre habitual y pacífica sino, en muchos momentos, dignificadora. Otra historia sería narrar la pervivencia del gusto y de los cánones estéticos paidófilos en la cultura de Occidente.

Algunos textos básicos sobre el tema

— M. H. E. Meier, L. R. de Pogey-Castries, *Histoire de l'amour grec dans l'antiquité*. Guy le Prat éditeur, París, 1952.

— José S. Lasso de la Vega, *El amor dorio* y *El eros pedagógico de Platón* (artículos) en *El Descubrimiento del amor en Grecia* (varios autores). Universidad de Madrid. Madrid, 1959.
— Hans Licht, *Vida sexual de la antigua Grecia* (Trad. española). Felmar, Madrid, 1976.
— John Z. Eglinton, *Greek Love*. Neville Spearman, London, 1971 (1.ª edición en Nueva York, 1964).

ESTRATON, SU «MUSA» Y LA EDICION PRESENTE

Prácticamente nada sabemos de Estratón de Sardes, si no es que (afortunadamente para él) vivió durante el reinado de Adriano —en el siglo II—, que murió viejo —si hacemos caso a uno de sus epigramas que así lo presenta— y que editó sus composiciones bajo el título de Μοῦσα Παιδική (La Musa de los muchachos). Antes se le suponía autor de una antología del género efébico, bajo ese mismo título. Pero las más recientes opiniones admiten que el rótulo cobijaba sólo su obra y que, más tarde, Cefalas, o algún otro recopilador bizantino, agregó a esa obra los poemas pederásticos anónimos o de otros autores que halló en diversas antologías. Así ha surgido este libro XII de la *Antología Palatina*, atribuido a Estratón.

En esta *Musa de los muchachos* se hallan 258 epigramas debidos a diecinueve poetas. Treinta y cinco de esos poemas son anónimos, y noventa y cuatro del propio Estratón. Tras él, quizás el poeta mejor representado sea Meleagro, encontrándonos además le mejor nómina de los poetas helenísticos: Calímaco, Asclepíades, Posidipo, Riano, Antípatro, etc. Y si Meleagro representa la poesía paídica más apasionada —más romántica, podríamos decir— y Calímaco la más original y refinada; Estratón, con

arte de línea exquisita, representa la más directa y la más atrevida. Todos ellos nos parecen, a menudo, de una modernidad sorprendente.

La *Musa de los muchachos* está, sin demasiado rigor, ordenada por temas, y dentro de ellos, por autores. Pero, insisto, sin rigor excesivo. Siendo muchos de esos temas *topoi* de la poesía paidófila: El paso fugaz de la adolescencia; el vello que *mata* al muchacho; la venganza de la edad sobre el antaño ufano niño; la semejanza con Eros o Ganimedes, etc.

Los varios poemas *femeninos* que hay en nuestra Antología son indudable error —por premura— del recopilador bizantino, al confundir, tal vez, en varios de ellos nombres de mujer en diminutivo (Calistíon, Timarion, Dorcion) con nombres masculinos.

Para mi traducción —que yo sepa la primera completa que se hace al castellano— del libro XII de la *Palatina* he seguido el texto de la edición de W. R. Paton. He tenido presentes la traducción inglesa (en prosa y muy académica) del propio Paton y la traducción francesa de Roger Peyrefitte *(La Muse garçonnière)*, vivaz sin duda y de mérito, pero con varios errores de interpretación. Para los poemas de Meleagro y de Asclepíades he consultado la traducción de Manuel Fernández-Galiano de algunos poetas de la «Antología», siempre impecable, pero a menudo algo *casta* y levemente arcaizante. Y en algún caso suelto he visto, también, la traducción italiana de Salvatore Quasimodo en *Fiore dell'Antologia Palatina.*

Estuve siempre fascinado por estos epigramas desde la primera vez —lejana— que leí alguno. Por propio gusto traduje ya varios en 1974, y año y pico después otros más, para ilustrar un capítulo de mi estudio sobre *Catulo.* A principios de 1979 me decidí ya a emprender, sin fisuras, la tarea. Y a ella me he dedicado, muy esencialmente,

desde enero de 1980. A Maite Merodio y a Jesús Munárriz les agradezco la solicitud con la que, varias veces, me preguntaron por la *Musa efébica*. Y a Estratón, mi viejo amigo, le agradezco tantas cosas, tantas ideas y tantos días... *Alienis pedibus ambulamus.*

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Madrid, 27 agosto 1980

LA MUSA DE LOS MUCHACHOS

1

Comencemos en Zeus, como dice Arato.
No vengo hoy a molestaros, Musas,
Pues si me gustan los chicos y con los chicos trato
¿qué pintais vosotras, Musas heliconianas?

(DE ESTRATÓN)

2

No busquéis en mis versos a Príamo en los altares,
ni el duelo de Medea ni el de Niobe,
Itys en su alcoba y ruiseñores entre las hojas;
los poetas antiguos escribieron largamente de todo ello.
Buscad el dulce Amor mezclado a las Gracias rientes,
y a Baco también. A ellos no les gusta lo serio.

(DEL MISMO)

3

Los rabos de los muchachos caben, Diodoro, en tres
categorías: apréndete cómo se llaman.
Si la punta no asoma se dice *lalu*;
cocó si empieza ya a empalmarse,
al que la mano ayuda, llámalo *lagarto*.
Cuál es el mejor, eso, en fin, ya lo sabes.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 3

El texto, en su más genuino sentido, es, desgraciadamente, intraducible. El poeta comenta a un amigo los nombres —argóticos, jergales— de los diversos tipos de penes muchachiles. Lalu (λάλου), palabra sin sentido conocido, parece indicar el fimótico o no circuncidado, que en algunos ambientes se dice *con capucha*. *Cocó* (κωκὼ), también desconocido, parece aludir al miembro extremadamente púber. Y *lagarto* (σαῦρος) diríase que alude —no sabemos por qué— al que se deja masturbar, o lo hace él mismo, a menudo. Y por tanto, al más grande.

4

Un muchacho de doce años, mucho me encanta;
aunque mucho más deseable es el que tiene trece.
El que tiene dos veces siete es la más dulce flor de los
Amores;
pero el que acaba de cumplir tres veces cinco es mejor
todavía.
Los dieciséis es la edad de los dioses. Los diecisiete,
tocarlos no me corresponde a mí, sino a Zeus.
Pero si a alguno le gustan de más edad, sale del juego:
está pidiendo ya el: *Y respondió volviéndose.*

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 4

La frase final —aquí utilizada con claro sentido erótico— es una fórmula épica, común en Homero: τὸν δ'ἀπαμειβόμενος: Y respondió dándose la vuelta.

5

Me gustan los pálidos, y también los que tienen la piel
color de miel, y los rubios. De otro lado quiero
asimismo a los de pelo oscuro. Y no desdeño a los de ojos
marrones.
Pero, sobre todo, me gustan los de ojos brillantes y muy
negros.

(DEL MISMO)

6

Culo y *oro* valen la misma cifra.
Lo descubrí, casualmente, haciendo números...

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 6

Utilizando los valores numerales del alfabeto griego, las letras de la palabra *culo* (πρωκτός) y de la palabra *oro* (χρυσός) hacen la misma cantidad: 1570.

7

La muchacha no tiene esfínter, ni sabe besar
llanamente; no tiene buen olor natural en la piel,
ni expresiones dulces y al mismo tiempo obscenas;
no tiene mirada ingenua, y si va de lista, aún es peor.
Por detrás, todas son frías. Pero es lo principal, en fin,
que no hay dónde poner la mano vagabunda.

(DEL MISMO)

8

Vi a un muchacho trenzando una corona de flores,
mientras pasaba por el mercado donde hacen guirnaldas.
Y no pasé indemne. Me paré y le dije en voz muy baja:
«Oye, ¿qué quieres que te dé por tu corona?»
Se puso más rojo que las rosas, y los ojos bajos, contestó:
« ¡Vete, vete, no ves que puede vernos mi padre! »
Por corrección, compré varias coronas y seguí hasta casa.
Y allí coroné a los dioses, pidiéndoles tener a ese
muchacho.

(DEL MISMO)

9

Estás guapo ahora, Diodoro, y a punto para los que te aman;
así que, aunque te hayas casado, no vamos a abandonarte.

(DEL MISMO)

10

Aunque un bozo rizado tus mejillas cubra,
y bucles dorados te sombreen las sienes,
no te dejaré, querido mío; que tu belleza es mía
a pesar de la barba naciente y de los pelos.

(DEL MISMO)

11

Ayer noche, estando con Filóstrato, no fui capaz de hacer
nada,
mientras que él (¿cómo decirlo?) me ofrecía de todo.
No me queráis más por compañero, amigos, y arrojadme
de lo alto de la torre: Me he convertido en Astyanax.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 11

El verso final es un típico juego cultista de palabras. Astyanax es un personaje de la *Ilíada,* hijo de Héctor, a quien los griegos arrojan desde una torre. Pero al mismo tiempo recuerda el verbo στύειν (ponerse erecto), aunque con α privativa. Es decir, *el que no se empalma,* aproximadamente.

12

El hermoso Ladón, cruel con los amantes, comienza a
tener bozo
y ama a otro muchacho. Némesis tarda bien poco.

(DE FLACCUS)

13

Encontré un día a médicos imberbes, enfermos de amor,
que machacaban, para curarse, su natural remedio.
Cogidos en la obra, me dijeron: «Nada digas.»
Y yo les contesté: «Me callo, pero curadme a mí también.»

(DE ESTRATÓN)

14

Si Demófilo, en la flor de su edad,
da a sus amantes tantos besos, Venus,
como ahora de niño me da a mí,
la puerta de su madre no estará una noche quieta.

(DE DIOSCÓRIDES)

15

Si una tabla, en el baño, ha mordido en el culo a Gráfico,
¿debo resistir yo, siendo hombre? ¡Hasta la madera es
sensible!

(DE ESTRATÓN)

16

No ocultes tu amor, Filóstrato. El dios mismo
sería capaz de quebrantarnos el corazón.
Y dame un beso alegremente. Verás que un día
tú mismo solicitarás de otros este favor.

(DEL MISMO)

17

El amor de las mujeres no está en mi corazón, pero las
masculinas
llamas las nutre un brasero inextingible.
Es más fuerte este calor. Y a medida que lo masculino
vence a lo femenino, mi deseo crece más todavía.

(ANÓNIMO)

18

Desgraciados los que llevan una vida sin amor,
pues nada hay agradable lejos del deseo.
Yo, por ejemplo, que camino ya a paso lento,
cuando veo a Xenófobo volaría más raudo que el relámpago.
A todos aconsejo, así, no huir de tan dulce deseo,
sino perseguirlo. Que es el amor la piedra en que se afila el alma.

(DE ALFEO DE MITILENE)

19

No puedo, aunque quisiera, hacerte amigo mío; no pides nada,
ni das de lo que te pido, ni recibes si te doy.

(ANÓNIMO)

20

Zeus debe, otra vez, estar gozando los banquetes de los Etíopes,
o, convertido en oro, vuelto a entrar en la cámara de Dánae.
¡Maravilla sería si viendo al hermoso Periandro no le rapta!
¿O es que al dios no le gustan ya los muchachos?

(DE JULIO LEÓNIDAS)

21

¿Hasta cuándo nos cambiaremos besos furtivos,
o clandestinos signos, con mirada discreta?
¿Hasta cuándo hablaremos sin concluir nada,
agregándonos demoras vanas a las demoras?
La mejor edad se va con la tardanza. Antes, pues, que lleguen
los años celosos, unamos, Fedón, actos y palabras.

(DE ESTRATÓN)

22

Me viene una gran prueba, una gran guerra, un grande fuego:
Elysso, en la plenitud de sus mejores años,
pues tiene ahora dieciséis, y con ellos
todas las gracias, grandes y pequeñas,
y una dulce voz para leer, y unos labios dulces
para el beso, y para recibir detrás, lo más perfecto;
¡ay de mí! me dice que me contente con mirarlo.
¡Cuántas noches sin sueño lucharé, a mano, contra una vana Venus!

(DE SCYTINO)

23

Estoy cautivo, yo que antes con gusto me reía
de los cantos de loco amor por los muchachos.
Y ahora a tu puerta, Miísco, me ha colocado
el alado Amor con un cartel: «Este ha perdido el juicio».

(DE MELEAGRO)

24

Si mi Polémon vuelve tan deseable y de buena salud
como le dejé al partir, te he prometido, señor de Delos,
sacrificar en tus altares, lo juro, un gallo matinal,
en cumplimiento a mis votos.
Mas si vuelve, para mejor o para peor, cambiado,
mi promesa pierde, entonces, todo sentido.
Y ha vuelto con barba. Si él es quien lo ha pedido,
reclama el sacrificio al mismo que hizo el voto.

(DE LAUREAS)

25

Cuando dejé partir a Polémon, te prometí, Apolo,
si volvía sano y salvo, sacrificarte un ave.
Polémon ha vuelto bien, pero velludo. Así que no ha
vuelto,
Febo: ha huido de mí, en una amarga huida.
No te sacrifico, pues, el gallo. Que no te burlarás de mí,
devolviéndome, en lugar de espigas, una caña sin nada.

(DE STATYLLIO FLACCO)

26

Si Polémon, a quien dejé partir, vuelve a mí,
prometí hacerte un sacrificio.
Polémon ha vuelto ahora sano y salvo, mas no me
engañas,
Febo: Para mí no ha tornado sano y salvo, pues tiene
barba.
Quizá él mismo te pidió que sombreases sus mejillas.
Que te sacrifique él, pues deseó lo contrario a mis ruegos.

(DEL MISMO)

27

Al dejar partir a Polémon tenía mejillas similares a las
tuyas,
y prometí, si volvía, sacrificarte un ave.
Y ahora le veo volver, dios del peán, erizado de celosa
barba,
sin yo haber deseado eso, desgraciado de mí.
No es necesario, pues, desplumar a un pájaro inocente.
En todo caso, señor de Delos, que Polémon se depile.

(DEL MISMO)

28

Ciro es mi señor. ¿Qué se me da a mí una letra de menos?
No leo a ese chico tan guapo, le miro solamente.

(DE NUMENIO DE TARSO)

Nota al epigrama 28

El poema juega con la similitud, en griego, del nombre propio *Ciro* (Κῦρος) y el nombre común *señor* —en el sentido de dominador, el que manda— (Κύριός). Una letra de diferencia, para un poema amatorio.

29

Protarco es guapo y no quiere. Pero querrá más tarde.
La edad hermosa se va, como el rastro de una antorcha.

(DE ALCEO)

30

Tus piernas, Nicandro, se cubren de pelos; guárdate
que no les ocurra a tus nalgas lo mismo:
¡Verías entonces qué escasez de amantes! Preocúpate
ahora de tu edad, que luego nunca vuelve.

(DEL MISMO)

31

¡Por Temis, y por esta copa de vino puro que me
emborracha,
Pamfilo, qué poco tiempo resta para amarte!
Pues comienza a haber pelos en tu muslo, y pelusa
en la mejilla,
y el Deseo apremia, en adelante, a otras locuras.
Pero puesto que queda aún un rescoldo de la hoguera,
evita el comedimiento. Que la Ocasión y el Amor son
amigos.

(DE FANIAS)

32

Recuerda, recuerda el verso sagrado, que te dije un día:
La adolescencia es lo más hermoso y lo más fugaz.
El pájaro más ligero en el aire no gana a la juventud.
Mira ya todas tus flores yaciendo en el suelo.

(DE TYMOCLES)

33

Heráclito era muy bello, cuando era. Ahora que la flor
de la juventud
le ha dejado, su piel es un escudo a los que intentan
montarlo.
Así que tú, Polixénides, viendo esto, no seas desdeñoso.
Que Némesis hasta en los culos impera.

(DE MELEAGRO)

34

Cené ayer en casa de Demetrio, que enseña gimnasia a los
niños,
el más feliz de todos los hombres.
Un chico estaba echado junto a él, otro a su espalda,
otro le daba de comer, y de beber, el otro.
Los cuatro eran admirables. Y yo riéndome le dije:
Amigo, ¿también de noche enseñas gimnasia a los niños?

(DE AUTOMEDON)

35

Alguien que no obtuvo respuesta a sus *buenos días,* dijo:
¿El hermoso Damón no da ahora los buenos días?
Llegará el tiempo de la venganza cuando, cubierto de
pelos,
digas tú el primero los *buenos días,* y no haya respuesta.

(DE DIOCLES)

36

Ahora lo pides, cuando un vello ligero avanza
bajo tus sienes, y otro más áspero recubre tus muslos.
Y agregas después: «Esto me gusta más cada día». Pero
¿quién preferirá la reseca paja a las espigas?

(DE ASCLEPIADES DE ADRAMITIO)

37

El culo de Sosarco de Amfípolis lo ha hecho el riente
Amor, el asesino de los hombres, suave como la médula.
Quiere, sin duda, excitar a Zeus, porque los muslos del muchacho
son mucho, mucho más dulces que los de Ganimedes.

(DE DIOSCÓRIDES)

38

Las Horas y las Gracias te han untado de óleo suave,
culito, que ni a los viejos dejas dormir a gusto.
Dime, feliz, a quién perteneces, y cómo se llama el muchacho
al que adornas. Y contestó el culito: «Menecrates».

(DE RIANO)

39

Nicandro ha muerto, huyó la flor de su beldad,
y ni el nombre nos queda de esos encantos
que nos lo hicieron ver entre los inmortales. ¿Creéis,
jóvenes, que nada hay más allá de los humanos? Están
los pelos.

(ANÓNIMO)

40

No me quites el manto, señor, mírame mejor
como a una estatua de madera, con las extremidades de
mármol.
Si buscas la desnuda belleza de Antífilo, encontrarás
la rosa oculta entre las espinas.

(ANÓNIMO)

41

Ya no escribiré que Terón es hermoso, ni Apolódoto
como el fuego brillante, y ahora sólo rescoldo.
Prefiero el amor femenino. Quede para los cabreros que
montan
sus cabras, abrazar a hirsutos gañanes.

(DE MELEAGRO)

42

A Hermógenes míralo con las manos llenas, y tendrás
en seguida,
cuervo de los muchachos, lo que tu deseo sueña,
y desfruncirá para ti su entrecejo. Pero si, pescador,
a la onda entregas una caña viuda de cebo,
no sacarás del puerto más que agua. Pues ni el pudor
ni la piedad viven en ese chico calavera, tan afecto al
gasto.

(DE DIOSCÓRIDES)

43

Odio el poema cíclico, y no me gusta
el camino que lleva de aquí a allá a la muchedumbre.
Detesto al muchacho que a todos se ofrece, y no bebo
en la fuente pública. Todo lo popular me repugna.
Lisanias, tú eres hermoso, sí, muy hermoso; pero apenas
termino de decirlo, responde el eco: «Ya es de otro».

(DE CALÍMACO)

Nota al epigrama 43

El epigrama es una suerte de *manifiesto* calimaqueo. El final juega —en eco— con las voces ἄλλος (de otro) y καλός (bello, hermoso). El *poema cíclico* alude a las epopeyas del ciclo homérico, como la de su enemigo literario Apolonio de Rodas.

44

Hubo un tiempo en el que una codorniz, un balón o unas tabas,
persuadían a los muchachos que gustan de regalos.
Ahora piden una fuente llena de dinero. Los juguetes aquellos
ya no sirven. Buscad otra cosa, los que amáis a los muchachos.

(DE GLAUCO)

45

Vamos, Amores, tiradme las flechas, soy blanco
de casi todas. Y no me temáis, insensatos.
Si me vencéis, seréis célebres entre los arqueros
inmortales, maestros de la gran faretra.

(DE POSISIPO)

46

No tengo aún veintidós años, y me cansa la vida.
Amores ¿por qué este daño? ¿por qué me quemáis?
¿Qué haríais si me ocurriese algo? Seguro que,
como siempre, seguiríais jugando a las tabas, insensatos.

(DE ASCLEPIADES)

47

El Amor, tan niño aún, en el seno de su madre, una
mañana,
jugaba a las tabas, y jugaba con mi vida también.

(DE MELEAGRO)

48

En el suelo estoy. Aprieta tu talón contra mi cuello,
demonio salvaje.
Por los dioses, que te conozco, y lo terrible de tu yugo.
Conozco también tus encendidas flechas. Pero tu antorcha
en mi corazón
no la puedes poner. No me quemaría, porque todo es ya
cenizas.

(DEL MISMO)

49

Bebe vino, desgraciado amante, y Bromio, dispensador de
olvido,
aquietará tu llama de amor por los muchachos.
Bebe, que la copa llena de vino puro
alejará de tu corazón esa pena cruel.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 49

Bromio es designación del dios Baco. Βρόμος significa *fragor, ruido*, y de ahí el epíteto βρόμιος, *el estruendoso*, por el ruido que se suponía acompañaba al cortejo de Baco.

50

Bebe, Asclepiades. ¿Por qué esas lágrimas? ¿Por qué sufres?
No eres el primero al que atormenta la contraria Cipris, ni el único contra el que Eros amargo ha vuelto su arco y sus flechas. ¿Por qué, vivo aún, reducirte a cenizas? Bebamos el puro licor de Baco; que ya apunta la aurora. ¿O aguardaremos de nuevo a ver la luz que vela junto al lecho?
Bebamos ahora, lejos del amor. No nos queda mucho, infortunados, para reposar toda una noche inmensa.

(DE ASCLEPIADES)

51

Sírveme y di de nuevo ¡Por Diocles! Pero Aqueloo debe estar ausente de estas sagradas libaciones.
El muchacho es hermoso, Aqueloo, de verdad hermoso. Si alguno lo niega, soy el único yo en conocer la belleza.

(DE CALÍMACO)

Nota al epigrama 51

El Aqueloo es un río de Grecia, cuyo nombre sirve usualmente para designar el agua.

52

El soplo del Noto, favorable a los marinos, oh tristes
amantes,
se ha llevado a Andrágato, la mitad de mi alma.
¡Dichosos tres veces los navíos, y tres veces benditas las
olas del mar
y afortunados cuatro veces los vientos que lleváis al
muchacho!
¡Ojalá fuese yo un delfín y, montado él en mis hombros,
tras buena travesía, visitásemos Rodas, la de dulces
muchachos.

(DE MELEAGRO)

53

Navíos rápidos sobre el mar, que surcáis el Helesponto
acogiendo en vuestro seno el soplo dulce de Bóreas,
si, por azar, en las riberas de la isla de Cos, veis
a Fanion contemplando la mar azulada,
dadle este mensaje: Hermosa muchacha, tu deseo
me lleva, no como navegante, sino sobre mis pies a ti.
Si así hacéis, todo os irá bien, y Zeus enseguida
soplará un viento favorable en vuestras velas.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 53

Epigrama femenino, *colado* extrañamente en esta antología paídica.

54

Cipris niega haber engendrado a Eros, porque ve
entre los muchachos a Antioco, un segundo Eros.
Honrad pues, jóvenes, a este nuevo Eros nacido,
que el muchacho es mucho mejor Eros que Eros mismo.

(DEL MISMO)

55

Hijo de Latona, tú posees el monte de Delos, rodeado de olas;
Hijo del gran Zeus, tú eres quien revela a los hombres su destino.
Pero Equédemo posee la ciudad de Cécrope, segundo Febo del Atica,
él a quien el Amor de hermosa cabellera resalta en la flor de su edad.
Y esta ciudad de Atenas, señora antes del mar y de la tierra,
ahora, por su belleza, tiene en esclavitud a Grecia entera.

(ANÓNIMO o de ARTEMON)

56

En mármol de Paros, el escultor Praxíteles
hizo una estatua de Eros, el hijo de Cipris.
Y ahora Eros, el más hermoso de los dioses,
ha modelado un Praxíteles, viva estatua, copiándose.
Así, entre los mortales y en el cielo verterán filtros
y gobernarán el cetro de los Deseos, uno y otro.
¡Bendita seas entre todas, sagrada ciudad de los Méropes,
que criaste a este muchacho divino, nuevo Eros, príncipe
de jóvenes!

(DE MELEAGRO)

Nota al epigrama 56

La ciudad de los Méropes era la isla de Cos.

57

Praxíteles, el antiguo escultor, hizo una estatua
maravillosa,
pero sin alma, vacía imagen de la belleza,
tallando la piedra. Pero el de hoy, con su mágico poder,
ha grabado en mi corazón un Eros, tres veces perverso.
Y también le podemos llamar escultor de una más feliz
obra,
pues no trabaja la piedra, sino la mente y el espíritu.
¡Ojalá que, propicio, modele mi carácter y eleve
en mi alma un santuario para este divino Eros!

(DEL MISMO)

58

¡Qué buena nodriza es Trecén! No yerras
aunque alabes al último de sus muchachos.
Pero Empédocles brilla por encima de todos,
como la bella rosa sobre las flores de primavera.

(DE RIANO)

Nota al epigrama 58

Trecén era una ciudad de la Argólide, en Grecia.

59

¡Por Eros que sí, Tiro produce preciosos muchachos!
Pero Miísco, como un radiante sol, eclipsa a las estrellas.

(DE MELEAGRO)

60

Si veo a Terón, lo veo todo; pero si veo todo
y a él no, entonces no veo nada.

(DEL MISMO)

61

¡Ten cuidado, Aribazo, no fundas del todo a Cnido!
Tu fulgor deshace la piedra poco a poco.

(ANÓNIMO)

62

¡Madres persas, parís hijos muy bellos, sí, muy bellos!
Pero Aribazo es para mí más bello que la belleza.

(ANÓNIMO)

63

Heráclito, sin decir nada, habla así por sus ojos:
«Hasta el fuego del rayo de Zeus, yo lo abrasaría».
E, igualmente, Diodoro piensa en sus adentros de este modo:
«Incluso una piedra se fundiría tocándola mi piel».
Pobre del que haya recibido la llama de uno de esos muchachos,
y del otro el suave calor que alienta la pasión.

(DE MELEAGRO)

64

Zeus, señor de Pisa, otorga la corona a Peitenor,
segundo hijo de Cipris, al pie del monte de Cronos.
Y no lo arrebates, sublime águila, como escanciador
cual hiciste, otrora, con tu hermoso Dardánida.
Antes, si de tu agrado es este don de mis Musas,
otórgame el favor de ese divino muchacho.

(DE ALCEO)

Nota al epigrama 64

Pisa era una pequeña localidad a las afueras de Olimpia, bajo el monte Cronio. El poema se refiere a un muchacho que va a participar en algún juego atlético, y cuya hermosura le hace comparable a Eros —hemos visto ya varias veces el *topos*— y a Ganimedes.

65

Si Zeus es aún el mismo que raptó a Ganimedes
en la flor de su edad, para que fuese copero del néctar,
tendré que ocultar en mi alma al hermoso Miísco,
no sea que de pronto, con sus alas, abrace al niño.

(DE MELEAGRO)

66

Juzgad, Amores, a quién pertenece el muchacho. Si es, en
verdad,
de los inmortales, sea: Que yo no puedo luchar con Zeus.
Pero si en algo es para los mortales, decid, Amores,
de quién debe ser Doroteo, y a quién debe darse ahora.
Habláis abiertamente en favor mío, pero él se aleja.
La belleza arrastra a mi rival también, y no es en vano.

(ANÓNIMO)

67

No veo al hermoso Dionisio. ¿Quizá, raptado por ti al cielo,
Padre Zeus, sirve, también él, de beber a los dioses?
Aguila, ¿cómo puedes, dime, llevar a tan delicioso muchacho
batiendo las veloces alas? ¿No le queda algún rastro de tus garras?

(ANÓNIMO)

68

No quiero a Caridemo. El hermoso muchacho eleva sus ojos
a Zeus como si ya, escanciador, sirviese al dios el néctar.
No lo quiero. ¿Tendría como rival en la amorosa victoria
al rey del cielo? No. Pido tan sólo que el muchacho,
cuando suba al Olimpo, se lleve de la tierra mis lágrimas,
baño de sus pies, en memoria de mi amor imposible.
Y que de sus ojos me dé un dulce signo, húmedo de deseo,
y que pueda yo arrebatarle un beso, rozándole apenas.
Lo demás pertenece a Zeus, y ello es justo. Pero si quieres,
podría también yo gustar ahora de su ambrosía.

(DE MELEAGRO)

69

Zeus, goza de tu primer amor, Ganimedes; pero ¡oh rey!
mira un momento hacia fuera a mi Dexandro. No soy celoso.
Mas, si por fuerza te llevas al hermoso muchacho, no será ya
tu reino soportable. Quede lejos de ti, pues, una tal violencia.

(ANÓNIMO)

70

Resistiría solo y en pie, Miísco, incluso contra Zeus,
si quisiera raptarte como escanciador del néctar.
El mismo, a menudo, me ha dicho: ¿Qué tienes?
No me arrastrarán los celos; sufrí también, y sé tener piedad.
Así me dice. Pero yo, apenas veo una mosca aproximarse,
temo ya que Zeus, en esta ocasión, me haya mentido.

(DE MELEAGRO)

71

¡Pobre, pobre Cleónico de Tesalia! ¡Por el brillante sol
que no te conocía! ¿Dónde has estado, desgraciado?
Sólo te quedan el pelo y los huesos. ¿Quizás, como a mí,
te posee un daimon y un destino adverso? Ah, ya
comprendo.
También a ti te ha trastornado Euxiteo. Al llegar,
habrás devorado al hermoso muchacho, ladrón, con
ambos ojos.

(DE CALÍMACO)

72

Llegó ya la dulce aurora. Y en el umbral, sin sueño,
Damis pierde el poco aliento que aún le resta,
infortunado desde que vio a Heráclito. Y bajo el
resplandor
de sus ojos, fue como cera que se arroja en un brasero.
¡Mas vuelve en ti, desgraciado Damis! Herido yo también
por el Amor, añadiré mis lágrimas a las tuyas.

(DE MELEAGRO)

73

La mitad de mi alma aún respira, la otra mitad no sé
si el Amor o la Muerte la llevaron con ellos. Pero me falta.
¿No habrá vuelto a irse con alguno de esos muchachos?
Les dije con frecuencia: No recibáis, jóvenes, a la fugitiva.
¿La buscaré con Teótimo? Sí, seguro que anda con él
esa enferma de amor, esa que merecería ser lapidada.

(DE CALÍMACO)

74

Si algo me sucede, Cleóbulo, (¿y qué más podría pasarme,
si en el fuego de los muchachos yazgo todo huesos
y polvo?)
riega mis cenizas con vino, te lo ruego, antes de
sepultarlas,
y escribe en la urna: Regalo del Amor para la Muerte.

(DE MELEAGRO)

75

Si te pusieran alas y un arco en la mano con sus flechas.
no llamarían al Amor hijo de Cipris, sino a *ti*, niño.

(DE ASCLEPIADES)

76

Si el Amor no tuviera arco ni alas ni faretra,
ni los dardos inflamados de Deseo,
por la sola belleza nadie sabría, lo juro
por el niño alado, quién es Zoilo y quién Eros.

(DE MELEAGRO)

77

Si te pusiera alas de oro, y en tus espaldas de plata
llevases el carcaj lleno de flechas,
y si te colocase junto a Eros (¡por Hermes que gusta
de lo bello!)
ni Cipris misma sabría cuál de los dos es su hijo.

(DE ASCLEPIADES o POSIDIPO)

78

Si Eros llevase clámide y no alas,
y no el arco y la aljaba a la espalda, sino el sombrero,
por el tierno muchacho lo juro, Antioco sería
Eros, y Eros, a su vez, Antioco.

(DE MELEAGRO)

79

Antípatro me besó cuando mi amor cesaba,
y el fuego revivió otra vez de la ceniza fría.
Dos veces, a mi pesar, me encendió igual llama.
Huid, desdichados amantes, u os quemará mi fuego.

(ANÓNIMO)

80

Alma digna de lágrimas, ¿por qué la cicatrizada herida
de Eros vuelve a abrirse en tu seno?
¡No, no, por Zeus, insensata, no! No remuevas
el fuego que duerme bajo la ceniza.
Si olvidado el mal, caes de nuevo en sus manos,
Eros te maltratará, castigando al esclavo fugitivo.

(DE MELEAGRO)

81

Desdichados amantes, bebedores de agua fría, que
conocéis el fuego
del amor a los muchachos, y habéis probado su miel
amarga,
deprisa, verted en mi corazón agua de nieve,
agua muy fría, que venga de una nieve derretida apenas.
Pues he osado mirar a Dionisio. ¡Apagad, compañeros
de esclavitud, este fuego cruel que lame mis entrañas!

(DEL MISMO)

82

Me apresuraba a huir del Amor. Pero él, encendiendo
en mi ceniza una mínima antorcha, me descubrió
escondido.
Y no curvó su arco, sino que tomando una brasa de fuego
entre las uñas de una mano, me la tiró sin yo saberlo.
De todas partes en mí brotaron llamas. ¡Oh Fanion,
mínima
luz, que has hecho fuego tan grande en mi corazón!

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 82

De nuevo un epigrama femenino, deslizado entre los homoeróticos. Fanion es nombre de mujer, que significa *pequeña antorcha.* El siguiente epigrama se refiere, también, al mismo asunto.

83

No me ha herido el Amor con su arco, ni encendiendo su
fuego,
como antes, lo ha puesto sobre mi corazón incendiándolo
todo.
Sino que llevando la antorcha de Cipris, acompañada de
los Deseos,
y perfumada de mirra, ha lanzado a mis ojos la ardiente
brasa
y la llama me ha devorado por entero. La pequeña
antorcha es pues
a mi corazón, como un gran fuego que me quema el alma.

(DEL MISMO)

84

¡Socorredme, señores! Apenas, abandonado el mar,
pisaba yo tierra firme, como quien navegó por vez
primera,
cuando he aquí que el violento Amor ya me engancha:
Ante mí brilla la antorcha de un hermoso muchacho.
Le sigo paso a paso, y tanteando las amables formas
en el aire, le beso dulcemente con mis labios...
¿Tendré que atravesar, aquí en la tierra, yo que huía
de la ola
amarga, las olas de Cipris, que amargan más todavía?

(DEL MISMO)

85

¡Bebedores de vino, acoged al que salvándose de olas
y piratas, va ahora a perecer en tierra!
Apenas, descendido del navío, puse el pie en el suelo,
ya el violento Eros me tomó en sus redes,
al ver pasar a un delicioso muchacho,
cuyas huellas siguieron mis pasos velozmente.
El fuego es hoy y no el vino el que me llena.
¡Ayudadme, extranjeros, por Eros el hospitalario,
recibid a quien, casi muerto, vuestra amistad suplica!

(DEL MISMO)

86

Cipris me lanza llamas de femenino amor,
y Eros me inspira deseos masculinos.
¿A quién sigo? ¿Al chico o a su madre?
La propia Cipris dice: «Este muchachito siempre gana».

(DEL MISMO)

87

¡Insistente Amor, no es el deseo femenino,
sino el rayo del masculino ardor lo que blandes contra mí!
Ora abrasado por Damón, ora seducido al mirar
a Ismeno, me das siempre duros quebrantos.
Pero no es sólo a ellos dos a los que van mis ojos;
que andan, enloquecidos, detrás de casi todos...

(ANÓNIMO)

88

Dos Amores se abaten sobre mí y me consumen,
Eumaco, y me abandono a una doble locura.
Mi cuerpo se inclina por Asandro, en efecto;
pero mi ojo, más penetrante, me lleva a Télefo.
Partidme en pedazos, de verdad, dididme en justa
balanza, y echaos a suerte mis miembros...

(ANÓNIMO)

89

Cipris, ¿por qué lanzas dos flechas al mismo blanco,
y dos rostros me dejas grabados en el alma?
Me quema uno y el otro me arrastra. Y dudo
cuál elegir. Pero un fuego me arde todo entero.

(ANÓNIMO)

90

Ya no quiero amar. Pero tres deseos me agitaron. Uno,
por una cortesana,
el otro por una muchachita, y el tercero por un muchacho.
Y siempre sufrimiento. Me he extenuado intentando
ablandar las puertas de la cortesana, implacables con el
amante sin dinero.
He pasado la noche sin dormir en el umbral de la niña,
y no he obtenido de ella sino un beso ¡y qué deseado!
¡Ay! ¿Qué decir de la tercera llama? De esa
no he conocido sino miradas y vanas esperanzas...

(ANONIMO)

91

Un doble amor incendia un alma sola. Ojos
que habéis mirado por doquier tantas cosas inútiles,
visteis a Antíoco, al que tanto adoran las Gracias de oro,
flor de nuestra brillante juventud. Ya bastaba.
¿Por qué habéis mirado luego al hermoso y tierno
Estesícrates, vástago de la diosa de Pafos, coronada
de violetas? ¡Arded, quemaos, consumíos de una vez!
Que aun siendo dos, no llenáis un alma sola.

(DE POLÍSTRATO)

92

¡Ojos, traidores al alma, sabuesos de los muchachos,
portadores siempre de la liga de Cipris!
Habéis, de nuevo, atacado a Eros, como corderos
al lobo, como una corneja a un escorpión,
como la ceniza al fuego que recubre. Haced como queráis.
¿Por qué derramáis ahora tierno llanto, y cuando
se os implora desertáis enseguida? Tostaos en la belleza,
que os ahúmen y cuezan. Eros, gran cocinero del alma.

(DE MELEAGRO)

93

Los muchachos: un laberinto sin salida. A cualquier lado
que mires, te atraparán como en liga de cazador.
Por aquí seduce Teodoro, el opulento vigor
de su carne, la intacta flor de sus miembros.
Allí es el rostro dorado de Filocles,
que aunque no muy alto, está lleno de gracia celeste.
Y si te vuelves a mirar a Leptines, quedarás
inmóvil, incapaz de moverte, cual si atrapase
tus piernas un imán poderoso; tal brillan los ojos
del muchacho y él todo de pies a cabeza.
¡Salud, hermosos muchachos! Que lleguéis a la edad
adulta
y que un día tengáis la cabellera blanca...

(DE RIANO)

94

El pecho de Diodoro es delicioso, y los ojos de Heráclito,
y la dulce voz de Dión y las caderas de Ulíades.
Tú, Filocles, toca la delicada piel del uno,
contempla al otro, habla con el tercero, y con el cuarto...
haz el resto.
Sabe que no soy celoso. Pero si a Miísco miras
con lascivia, ojalá no veas más lo que es hermoso.

(DE MELEAGRO)

95

Si los Deseos te favorecen, y la Persuasión de aliento de
mirra,
y las Gracias, Filocles, que trenzan hermosas guirnaldas;
en tus brazos tendrás a Diodoro, a tu encuentro irá el
amable
Doroteo, Calícrates se pondrá en tus rodillas, y Dión con
su mano
calentará tu picha, que es tan diestra, y la descapullará
Ulíades;
Filón te dará dulces besos, Terón amorosas palabras;
y, bajo la clámide, tocarás tú la tetilla de Eudemo.
Si los dioses te conceden estos placeres, bienaventurado,
¡vaya ensalada romana de chicos que vas a hacerte!

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 95

Κέρας significa en realidad *cuerno*. Lo traduzco «picha» por el indudable sentido erótico de la expresión, mayor aún que el que tendría entre nosotros la traducción literal.

La *ensalada romana* (o *lanx satura*) era una especie de plato de entremeses, o un combinado de manjares diversos.

96

No en vano repiten los mortales con frecuencia esta frase:
«No a todos conceden los dioses tener todo».
Tienes, en efecto, una belleza sin tacha, un claro pudor
en tus miradas, y alrededor de tu pecho reluce la gracia,
con la que puedes incluso conquistar a los más jóvenes.
Pero los dioses no te otorgaron tener pies hermosos.
Afortunadamente las sandalias ocultan tu pie, querido
Pirro,
y puedes así lucir bellamente lo que ellas te adornan.

(ANÓNIMO)

97

Eupálamo es semejante a Eros por su tinte rosado,
pero hasta Meríones sólo, el rey de los Cretes.
Después se vuelve Podalirio, y ya no es más
la Aurora. ¡Qué envidiosa fue Naturaleza!
Pues si en él lo de abajo con lo de arriba cuadrase,
como Aquiles sería, el nieto de Eaco.

(DE ANTÍPATRO)

Nota al epigrama 97

Todo el epigrama está basado en juegos de palabras, con nombres de personajes homéricos. Meríones es un héroe de la *Ilíada*, pero además μηρίον (mērión) significa *muslo*, con lo que se nos dice que el muchacho es hermoso de muslos para arriba, porque en lo demás se parece a Podalirio, médico que cita Homero, y cuyo nombre puede significar *el de los pies de lirio*, con el sentido (por el color) de *tumefactos*. La Aurora, por supuesto, es *la de rosados dedos*, y Aquiles —célebre por su viril belleza— es *el de los pies ligeros*. Todo un experimento, pues, de alusiones cultas.

98

Suele el Deseo sobre espinos atar a la cigarra de las Musas,
y acostada allí calentarle bien con fuego el bajo vientre.
Y su alma entonces, formada en los libros, se olvida de
todo
y solloza y protesta contra dios tan cruel.

(DE POSIDIPO)

99

El Amor me ha capturado, a mí que ni en sueños
pensaba caer bajo ley masculina.
Me ha capturado. Y no ha sido un deseo perverso,
sino una mirada pura y pudorosa, la que me ha
incendiado.
¡Adiós el penar por las Musas! Que mi alma está
en un fuego, cargado de dolor y de dulzura.

(ANÓNIMO)

100

¿No tendrás piedad de mí, oh Cipris, habiéndome traído
al inhospitalario
puerto del Deseo, ni aunque tú misma sufriste de estos
males?
¿Querrás hacerme padecer insoportables penas, y hacerme
decir luego:
«Sólo Cipris ha herido al amigo de las Musas»?

(ANÓNIMO)

101

En mi pecho, inmune aún a los Deseos, clavó Miísco
las flechas de sus ojos, gritando estas palabras:
« ¡Cacé al arrogante! El orgullo de su gran sabiduría,
portadora de cetro, helo aquí bajo mis plantas».
Pero yo, apenas respiré, le dije esto: «¿De qué te extrañas,
muchacho?
Eros, al mismísimo Zeus, echó del Olimpo».

(DE MELEAGRO)

102

Un cazador, Epicides, busca liebres en los montes
y sigue la pista a las gacelas, sin temer
a la nieve ni a la escarcha. Pero si alguien le dice:
« ¡Mira, la pieza está tocada! » entonces él ya no la quiere.
Mi amor es semejante. Persigue todo lo huidizo,
y pasa de largo de cuanto se le ofrece.

(DE CALÍMACO)

103

Sé amar al que me ama. Pero si se me traiciona sé odiar también. Pues tengo experiencia en ambas cosas.

(ANÓNIMO)

104

Que mi amor permanezca conmigo solamente. Si va con otros, Cipris, odiaré ese amor banal.

(ANÓNIMO)

105

Soy el niño Amor que, escapado de su madre, se dejó
atrapar.
No me voy ya de la casa de Damis,
porque le amo y soy amado sin celos,
y a la compañía de todos, prefiero con uno solo la unión.

(DE ASCLEPIADES)

106

Sólo una cosa conozco extremadamente bella. Mis ojos
golosos sólo una cosa saben ver: A Miísco.
Para todo lo demás estoy ciego. ¿Será que los ojos,
esos aduladores, tan sólo ven lo que el alma quiere?

(DE MELEAGRO)

107

Si el hermoso Dionisio me prefiere, oh Gracias,
mantenedle bello y joven por siempre.
Pero si quiere a otro, y me deja, que como el mirto
de ayer sea tirado,y barrido con las migajas secas...

(ANÓNIMO)

108

Si me amas, Acrato, que como el de Quíos seas
y más dulce aún que el vino de Quíos.
Pero si a otro prefieres, zumben los moscones
a tu alrededor nacidos de un jarro de vinagre.

(DE DIONISIO)

Nota al epigrama 108

Hay en el poema un leve juego de palabras entre el nombre del muchacho, *Acrato*, y el homónimo nombre común ἄκρατος, que significa *puro, no mezclado*; diciéndose con mucha frecuencia del vino.

109

En la llama del tierno Diodoro ardían todos los jóvenes,
y ahora arde él en los ojos voraces de Timarion
y en el dardo dulce-amargo del Amor. He aquí
un nuevo milagro: Fuego ardiente por el fuego ardiendo.

(DE MELEAGRO)

110

Su dulce belleza resplandece, y llamean sus ojos.
¿Otorgó Eros a este muchacho el rayo celeste?
¡Salve, Miísco, que a los mortales traes el ardiente Deseo!
¡Y que brilles en la tierra como una amada antorcha!

(DEL MISMO)

111

Eros tiene alas, y tú pies veloces. En belleza,
Eubio, sois iguales. Sólo te faltan el arco y las flechas.

(ANÓNIMO)

112

¡Silencio, muchachos! A Eros capturó *Arcesilao*,
y le pasea atado al rojo cordel de Cipris...

(ANÓNIMO)

113

También el alado Eros ha quedado encadenado
en el aire, Timarion, por tus ojos.

(DE MELEAGRO)

Nota al epigrama 113

De nuevo un epigrama *femenino* dentro del *corpus* pederástico. Idem el 114.

114

¡Salud, mensajero de la aurora, retorna pronto en estrella vespertina, y tráeme en secreto a la que te llevas!

(DEL MISMO)

115

Pura locura he bebido. Y borracho por completo de
palabras,
de frenesí me armo para un muy largo asedio.
Iré con música a tu puerta. Truenos o relámpagos,
¿qué me importan? El Amor me protege, invulnerable.

(ANÓNIMO)

116

Iré por las calles cantando; estoy completamente ebrio.
Toma, chico, la corona que mis lágrimas han regado.
No he de extraviarme en el largo camino, pues aunque
la noche sea oscura, Temión está allí, mi gran faro.

(ANÓNIMO)

117

¡La suerte está echada! Alúmbrame, ya voy. Vamos,
coraje,
¿qué temer estando borracho? Iré cantando por las calles.
¿Cantando? Alma mía, ¿qué haces? ¿qué te importa el
amor?
Alúmbrame, vamos. ¿Qué queda del discurso meditado?
Adiós trabajos de prudencia. Sólo una cosa sé:
que Eros domeñó la voluntad de Zeus mismo.

(DE MELEAGRO)

118

Si a tu casa fui voluntariamente, Arquino, repróchamelo mil veces;
pero si llegué involuntariamente, comprende mi temeridad.
El vino puro y el amor me empujaron: me arrastraba uno,
el otro no permite al espíritu prudencia.
Y al llegar no te grité: ¡Fulano! o ¡Mengano!, sino que simplemente
besé las jambas de tu puerta. Si eso es pecado, pequé por entero.

(DE CALÍMACO)

119

¡Por ti lo juro, Baco, yo acepto tus audacias!
¡Conduce con tu brida, oh dios, mi corazón mortal!
En el fuego engendrado amas la llama que Amor provoca,
y habiéndome encadenado, me haces otra vez tu suplicante.
Eres falso y traidor; mandas guardar tus misterios,
y me haces a mí ahora desvelar los míos.

(DE MELEAGRO)

Nota al epigrama 119

El epigrama puede parecer confuso a un lector actual, siendo en realidad muy claro. El enamorado que va a beber se encomienda a Baco (al vino) para olvidar su pasión, pero el dios nacido del rayo de Zeus se la incrementa. De ahí la *falsedad* de quien prescribiendo que sus cultos místéricos se mantengan secretos, hace que su suplicante desvele (por el vino) sus misterios, es decir, su amor.

Es buen ejemplo este epigrama de la necesidad de un andamiaje cultural para *interpretar* algunos de estos textos aparentemente fáciles. Sea por su cultismo implícito, sea por la distancia histórica.

120

Bien armado estoy, y contra ti combatiré sin ceder,
aunque soy mortal: Eros, no te acerques más.
Si borracho me sorprendes, aprésame. Pero estando
sobrio, la razón me defiende. No te acerques más.

(DE POSIDIPO)

121

Cierto, Cleónico, las Gracias brillantes, fueron a tu
encuentro
en el estrecho sendero que seguías,
y con sus manos de rosa te abrazaron,
muchacho: Tal una Gracia eres, como ellas.
Salúdame a mí de lejos, querido, que no es seguro
para el seco asfodelo arrimarse a un fuego.

(DE RIANO)

122

Con buenos ojos visteis al hermoso Aristágoras, Gracias,
y lo abrazasteis con vuestras delicadas manos.
Por eso su belleza lanza fuego y con dulzura habla,
y si calla, con dulzura hablan también sus ojos.
¡Que se aleje de mí! Mas ¿qué digo? Como Zeus Olímpico,
el muchacho sabe lanzar a lo lejos su rayo.

(DE MELEAGRO)

123

Con diez blancas cintas coroné a Menecarmo,
el de Anticles, cuando venció al pugilato.
Y tres veces besé su cuerpo todo lleno de sangre;
y me supo más dulce que la propia mirra.

(ANÓNIMO)

124

Mientras que a hurtadillas se asomaba a la puerta,
a hurtadillas he besado a Equedemo, en la flor de sus años.
Mas con miedo; pues en sueños le vi con aljaba en la mano
y darme luego un gallo, mientras al irse me alternaba sonrisas con visajes amargos. ¡Con enjambre de abejas, ortigas y fuego, sin dudar, me he topado!

(ANÓNIMO o de ARTEMÓN)

125

Durante un sueño nocturno, Eros llevó bajo mi colcha
a un muchacho de dieciocho años, vestido de clámide.
Mas yo, juntando mi pecho a su delicada piel,
alcancé tan sólo vacías esperanzas.
El deseo de esa imagen aún me encandila
y siempre quieren cazar mis sueños aquel fantasma alado.
Alma enferma, deja ya de buscar en la noche,
consumiéndote al calor de una vana belleza.

(DE MELEAGRO)

126

El dolor alcanza a mi corazón de nuevo. El errante
y cálido Eros lo ha tomado entre sus uñas.
Y le ha dicho, sonriendo: «De nuevo sufrirás la dulce
herida,
enfermo de amor, quemado por una miel ardiente».
Desde entonces al ver a Diofanto, la flor de los muchachos,
no logro huir ni tampoco quedarme.

(DEL MISMO)

127

Vi a Alexis un mediodía pasear por el campo,
cuando el verano había cortado la cabellera de las espigas.
Y a un tiempo me herían los rayos solares y los dardos
de Eros desde los ojos del muchacho.
La noche apagó al sol enseguida, pero el sueño
no hizo sino presentarme más hermosa su imagen de
belleza.
Y si para muchos es remedio de males, el sueño
en mi alma graba su hermosura con trazos de fuego...

(DEL MISMO)

128

Pastoriles siringes, no cantéis ya en los montes a Dafnis,
para agradar a Pan, criador de cabras;
ni tú, lira, intérprete de Febo, celebres ya
a Jacinto, coronado de virginal laurel.
Eso estaba bien en el tiempo en que Dafnis o Jacinto
os encantaban. Ahora es Dión el rey de los Deseos.

(DEL MISMO)

129

El argivo Filocles pasa por bello en Argos
y en estelas corintias y en las tumbas de Megara
se puede leer que es hermoso, y hasta en los baños
de Anfiarao; pero es sólo derrota en pintadas.
Pues al otro no le ensalzan las piedras, sino que Riano
lo vio en persona, y ello es lo que nos convence.

(DE ARATO)

Nota al epigrama 129

Era frecuente en paredes, piedras o ánforas, escribir tras el nombre de un muchacho digno de ello, καλός (hermoso). Este epigrama habla de dos Filocles; uno de Argos, conocido en toda Grecia por ese procedimiento epigráfico. Y otro alabado por el poeta Riano, buen degustador de mozos, y por tanto más fiable. Las termas de Anfiarao estaban situadas en Oropo, en los límites entre el Atica y Beocia.

130

Digo y vuelvo a decir *hermoso, hermoso,* y lo diré de
nuevo:
¡Qué guapo es y qué encantadores ojos tiene Dosíteo!
No he grabado la frase ni en una encina ni en un álamo,
ni en una pared, tampoco; el Amor la ha impreso en mi
alma.
Si alguno lo niega, no lo creáis. Por ti lo juro, dios,
que miente. Soy yo, el que hablo, quien dice la verdad.

(ANÓNIMO)

131

Tú que proteges a Chipre, y a Citerea y a Mileto,
y el suelo hermoso de Siria, de vigorosos caballos,
sé propicia con Calistion también, que nunca alejó
a un amante de los atrios de su casa.

(DE POSIDIPO)

Nota al epigrama 131

Invocación a Venus, protectora de los lugares geográficos que se citan, para que ampare a una cortesana o hetaira, quizá enferma. Se trata, nuevamente, de un epigrama *femenino,* colado entre los pederásticos.

132

¿No te lo dije, alma mía: Te perderás, por Cipris,
si tantas veces, volando, cabe la red te acercas?
¿No te lo dije? Te atrapó ya. ¿Por qué intentas
desasirte en vano? Eros te ha atado las alas,
te ha puesto al fuego y baña con mirra tu desmayo.
Y para la sed te da a beber calientes lágrimas...

(DE MELEAGRO)

132 A

Atormentada alma, ora ardiendo en el fuego,
ora cobrando aliento en breve refrigerio.
¿Por qué lloras? Mientras tu seno alimentaba a Eros
¿no sabías que criabas a un mortal enemigo?
¿Lo ignorabas? Recibe ahora el pago a tu buena acción,
fuego y nieve fría que a la vez te bañan.
Puesto que lo quisiste, soporta la prueba. Sufrirás
tus culpas, quemada por una miel ardiendo.

(DEL MISMO)

133

En verano, teniendo sed, besé a un muchacho de suave
piel,
y dije, aplacada ya la sed abrasadora:
Padre Zeus, ¿bebes tú también besos de néctar?
¿Te escancia Ganimedes el vino con sus labios?
Pues yo, tras besar a Antíoco, hermoso entre los
muchachos,
he bebido la dulce miel de su alma.

(DEL MISMO)

134

Ese invitado tiene una herida. ¿No notaste qué penoso
aliento le salía del pecho, en el tercer brindis?
¿Ni cómo las rosas de su guirnalda caían deshojadas
de su cabeza al suelo? Algo fuertemente le quema.
Y, por los dioses, que no son imaginaciones mías.
Ladrón soy y conozco del ladrón las huellas.

(DE CALÍMACO)

135

El vino prueba el amor. Pues aunque él lo negaba,
delataron a Nicágoras las muchas libaciones.
Lloraba, en efecto, se abstraía, miraba al suelo,
y la guirnalda no se le sostenía en la cabeza.

(DE ASCLEPÍADES)

136

Ruidosos pájaros, ¿por qué venís a graznarme a mí,
ocultos entre las hojas, que acurrucado estoy junto
al cuerpo delicado de un muchacho? Aunque el sexo
femenino
es parlanchín, guardad, ruiseñores, os lo ruego, silencio.

(ANÓNIMO)

Nota al epigrama 136

El nombre *ruiseñor* es, en griego, femenino (ἀηδών — όνος). Además, tras el ave, está el mito de la doncella Filomela, a quien su cuñado Tereo cortó la lengua, y que, tras su venganza, y convertida en ruiseñor —como su hermana Progne en golondrina—, desahoga su pena cantando en el bosque.

137

Pregonero de la aurora, malmensajero maldito,
que bates alegre tus alas junto al lecho
y orgulloso das la señal sonora de cuán poca
noche resta para el amor, riéndote de mi pena,
¿así agradeces a quien te nutrió? Por la aurora profunda
te juro que ésta es tu última canción amarga.

(DE MELEAGRO)

Nota al epigrama 137

El epigrama —muy retórico— se refiere obviamente a un gallo.

138

¿Te apresuras, parra, a echar al suelo tus hojas,
porque temes no ver a las Pléyades en el ocaso?
Espera a que Antileonte duerma a tu sombra su dulce
sueño; y déjalas caer, pues te gustan los bellos.

(DE MNASALCES)

Nota al epigrama 138

Cuando la constelación de las Pléyades se dejaba de ver por la noche, era señal de la llegada del invierno. Se supone que la viña (Dionisos) ama a los muchachos, porque el dios tuvo como amante a Ampelo, un adolescente muy bello que luego formó parte de su cortejo. La historia la narra Ovidio (*Fastos III*, 409).

139

Por Pan te lo juro, algún fuego queda,
por Dionisos, oculto bajo las cenizas.
No me atrevo, ni quiero enredarme. A veces,
un río tranquilo y olvidado roe un muro.
Por eso temo ahora, Menéxeno, que éste se me
insinúe, calladamente, para enamorarme.

(DE CALÍMACO)

140

Cuando al bello Arquéstrato vi, negué por Hermes
que lo fuera, pues no me parecía a mí muy bello.
Tal dije, y Némesis me vino encima al momento.
Rayos del muchacho me incendiaron, como rayos de Zeus.
¿Le suplicaré a él o a la diosa? El chico es,
a mi juicio, más poderoso. Némesis, ¡hasta luego...!

(ANÓNIMO)

141

Dijiste, por Cipris, lo que ni un dios se atrevería a decir:
Que Terón no era hermoso. Espíritu audaz,
¿Terón no te parece hermoso? ¿Y te atreves a decir
eso sin temor al fuego de Zeus, que empuña el rayo?
Pero, en fin, ya veo que a quien antes fue tan locuaz,
Némesis lo hizo hoy ejemplo para insensatos.

(DE MELEAGRO)

142

Dexionico cazó con red un mirlo
bajo un plátano verde, y lo cogió por las alas.
Y el ave sagrada gritaba y gemía.
Mas yo, Eros querido y florecientes Gracias,
ojalá fuese mirlo o tordo y en la mano del chico
pudiese sollozar y verter dulces lágrimas.

(DE RIANO)

143

Hermes, me hirió un muchacho, pero estoy ya curado.
También yo, extranjero, corrí la misma suerte:
Apolófanes me hace sufrir. Amante de los deportes,
me precediste: Caímos los dos en un mismo fuego.

(ANÓNIMO)

Nota al epigrama 143

El epigrama —algo mutilado— es el diálogo entre una estatua de Hermes, dios de los muchachos, que preside —parece ser— una palestra, y un atleta enamorado —como la estatua— de un gimnasta adolescente. El final del último verso pudiera ser un dúo de los dialogantes.

144

¿Por qué lloras, ladrón de almas? ¿Por qué has dejado
el arco cruel y las flechas, y tienes caídas las alas?
Sin duda el invencible Miísco te quemó también con sus
ojos.
¡Qué mal soportas lo que tú hiciste el primero!

(DE MELEAGRO)

145

Dejad, amantes de los muchachos, labor tan vana.
Renunciad
a esos esfuerzos, locos, que vivís de esperanzas sin objeto.
Como achicar el mar en las costas secas, o contar
los granos sin número de las arenas libias,
así es el tener afición o el desear muchachos,
aunque su vanidosa belleza es dulce a mortales y dioses.
Miradme a mí todos: Que mis esfuerzos, hasta hoy,
son agua derramada en una playa seca...

(ANÓNIMO)

146

Cacé un cervatillo y lo perdí, tras haber padecido
mil fatigas tendiendo la red y las estacas...
Y ahora me voy con las manos vacías, mientras se llevan
otros, sin pena, lo que es mío. Eros, que conozcan tu peso.

(DE RIANO)

147

¿Raptada? ¿Quién tan cruel pudo hacerle esa violencia?
¿Quién se ha atrevido a declarar al propio Amor la
guerra?
Enciende antorchas enseguida. Llaman: Es Heliodora.
Corazón, ya puedes volverte al pecho.

(DE MELEAGRO)

Nota al epigrama 147

Epigrama perteneciente al ciclo amoroso de Heliodora —quizá el más importante de Meleagro— y ajeno, por ello, a esta Antología. El epigrama finge una escena de mimo. Heliodora no llega, y el amante teme lo peor; hay que salir a buscarla. Pero, de repente, llaman a la puerta, y es ella. Todo vuelve a su cauce.

148

Sé que no hay riqueza en mis manos, Menipo; pero
no me vengas, por las Gracias, con lo que tan bien
conozco.
Sufro oyendo en tu boca esa palabra amarga;
sí, querido, es lo menos amable de tu persona.

(DE CALÍMACO)

149

«Que te cojo, Menecrates, corre», le dije
el veinte de Panemo. Y ¿qué día del mes de Loo?
El diez, vino el buey a su yugo gustoso. ¡Bien, Hermes,
bien! No te reprocharé esos veinte días...

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 149

Panemo y *Loo* son nombres de meses consecutivos en el calendario macedónico, que era el usado en el Egipto ptolemaico. El poema, que utiliza frases hechas y refranes, parece aludir a una conquista erótica. Hermes es el dios de la *buena suerte*, y de los encuentros felices.

150

¡Qué buen remedio contra el amor halló Polifemo!
No, por la Tierra, no era nada necio ese cíclope.
Las Musas, Filipo, curan la amorosa herida;
la sabiduría es medicina que sirve para todo.
Ventaja que, a mi entender, tiene también el hambre,
pues sana la enfermedad del amor a los muchachos.
Y así puedo decirle a Eros: «Córtate, si quieres,
maligno niño, las alas. Un pito me importan
tus tretas, que en mi casa tengo dos medicinas
que curan muy bien tu cruel herida».

(DEL MISMO)

151

Si viste a un muchacho en la más hermosa flor del amor,
viste sin duda a Apolódoto, extranjero.
Pero si habiéndole visto no fuiste incendiado
por un deseo en llamas, o eres un dios o una piedra.

(ANÓNIMO)

152

Heráclito de Magnesia, mi deseo todo, no atrae al hierro con la piedra, sino mi corazón con su sola belleza.

(ANÓNIMO)

Nota al epigrama 152

En el Asia Menor existían varias ciudades llamadas *Magnesia.* De alguna de ellas sería natural el muchacho al que alude este epigrama. En juego de significados, el chico atrae al poeta por su beldad, como la piedra imán (magnética, o de Magnesia) atrae al hierro.

153

Un tiempo gustaba Arquéades abrazarse conmigo, pero
ahora,
ni siquiera en broma se me acerca, desgraciado de mí.
El meloso Eros no siempre es dulce, pero a menudo
se porta mejor con los amantes tras haber sido cruel.

(DE ASCLEPÍADES)

154

Dulce es el muchacho, y hasta su nombre, Miísco, me es suave y gracioso. ¿Qué excusa tendría para no amarlo? Pues es bello, por Cipris, bello todo entero. Y si me
atormenta,
a veces, es que mezcla Eros con la miel, la amargura.

(DE MELEAGRO)

Nota al epigrama 154

El nombre Miísco —el de uno de los muchachos más celebrados por Meleagro— vendría a significar (de μῦς, ratón) *ratoncito.*

155

—No me repitas otra vez eso. —¿Qué hay de malo? El me envió.
—¿Me lo dirás otra vez? —Otra vez. Me dijo: «Ve».
Ven, pues, no tardes, te espera. —Primero he de encontrar eso,
después iré. El final, lo sé ya por experiencia.

(ANÓNIMO)

Nota al epigrama 155

Oscuro epigrama dialogado (tal vez, sólo un fragmento). Hablan un esclavo y un muchacho. El sirviente ha sido enviado por otro chico, pero el destinatario (hay un tono amistoso, juvenil, entre los tres) antes de acudir a la cita ha de buscar, quizá, dinero. El final es evidente, y nos lo imaginamos todos.

156

Igual que una tempestad de primavera, Diodoro,
es mi amor, zarandeado por una mar oscura.
Una veces me inundas de lluvia; otras, al contrario,
sereno y sonriendo, te derramas dulce a mis ojos.
Pero yo, como un náufrago, capeo las ciegas olas,
arrastrado por un temporal enorme.
Muéstrame la seña de la amistad, o si quieres, la del odio,
pero déjame saber en qué olas navego.

(ANÓNIMO)

157

Cipris es mi patrón, y Eros pilota
sujetando en sus manos el timón de mi alma;
y navego, bajo Pasión borrascosa y profunda,
por un mar de muchachos de todas las regiones.

(DE MELEAGRO)

Nota al epigrama 157

El último verso podría también traducirse: por un mar de muchachos de Panfilia (παμφύλῳ). Panfilia es una región del sur de Asia Menor. Pero —como adjetivo, y etimológicamente— quiere decir (formado) *por gentes de todas las regiones* o tribus. Meleagro hace —sin duda— un juego de palabras; ya que las tempestades de Panfilia eran también famosas.

158

La diosa, reina de los Deseos, me puso ante ti, Teocles;
y Eros de pies delicados, a menudo me ha domado,
extranjero y en extraña tierra, con lazos que no se
rompen.
Yo aspiro tan sólo a encontrar una amistad constante.
Pero tú desprecias a quien te ama y ni el tiempo
te cautiva ni las pruebas, tampoco, de la templanza.
¡Tenme piedad, señor, compasión, pues mi dios te hizo
el Destino!
En ti están los límites de mi vida y de mi muerte.

(DEL MISMO)

159

A ti, Miísco, até las amarras de mi vida.
A ti, el último aliento que quede en mi alma.
Sí, muchacho, por tus ojos que hablan incluso a los
sordos,
y por la gracia con que sabes fruncir el ceño, lo juro,
si con ojos sombríos me contemplas, es invierno,
mas si alegre me miras, florece por entero primavera.

(DEL MISMO)

160

Con valor he soportado las ásperas bridas
y la sujeción de insoslayable freno.
Pues no es hoy, Nicandro, la primera vez que conozco
los golpes de Eros, y la pasión me sometió a menudo.
Mas haz, Adrastea, que expíe su mala conducta,
tú, Némesis, la más amarga de las diosas.

(ANÓNIMO)

Nota al epigrama 160

Adrastea es un epíteto o sobrenombre de Némesis (la Venganza), que significa *la inevitable.*

161

Dorción, la amiga de los muchachos, sabe, como un chico,
herir con el rayo veloz de Afrodita Pandemo.
El encanto resplancede en sus ojos, cuando llega
con el petaso y la clámide, enseñando los muslos...

(DE ASCLEPÍADES)

Nota al epigrama 161

El *petaso* es un sombrero de ala ancha, que solía ir, con una cinta, colgado a la espalda. Y la *clámide* es una túnica corta, sujeta a los hombros por un broche. Ambos, indumento característico de los muchachos.

162

Ni cruel todavía, ni portador del arco, mi Amor,
niño aún, se educa junto a Cipris.
Y en tablilla dorada lee torpemente a Diaulo
los poemas con que Filócrates conquistó a Antígenes.

(DEL MISMO)

163

Sabe el Amor mezclar lo bello y lo bello, no la esmeralda
al oro, pues no son de igual color ni género.
Ni el marfil con el ébano, blanco con negro;
sino estas dos flores de Persuasión, Eubíoto y Cleandro.

(DEL MISMO)

164

Dulce es mezclar al vino el licor de las abejas,
y dulce amar a un muchacho cuando uno es también
hermoso.
Alexis ama a Cleóbulo el de suave melena:
He ahí el néctar inmortal de la cipria diosa.

(DE MELEAGRO)

165

Cleóbulo es blanco; Sópolis, al contrario, posee una tez
de miel; ambos flores hermosas de Afrodita.
Y si el amor de estos muchachos me urge, es que
—al parecer— Eros me tejió con hilo blanco y negro.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 165

Meleagro juega, en el verso final, con una supuesta etimología de su nombre, que vendría de μέλας (*Melas* =negro, oscuro) y de ἀργός (*argós* = brillante, blanco).

166

Lo que me quede de vida, lo poco que aún me quede,
Amores,
dejadme tranquilo ¡por la paz de los dioses, dejadme!
O heridme, si no, mas no con flechas, sino con el rayo,
y reducidme, Amores, a carbón y a ceniza...
Sí, sí, consumidme, os lo pido: que duro por las penas
me he hecho capaz de soportar cosas peores.

(DE ASCLEPÍADES)

167

Tempestuoso es el viento, mas Eros agridulce que me arrancó del festín, a ti me lleva, Miísco, raudamente. La Pasión se encrespa en tormentosas olas, así pues, abre tu puerto al nauta de la mar de Cipris.

(DE MELEAGRO)

168

Escancia la copa por Nanno y por Lide
y por Mimnermo también, amigo de los amantes,
y por el prudente Antímaco. Sirve una quinta
a mi salud, y la sexta, Heliodoro, di:
«Por los que aman». La séptima por Hesiodo,
por Homero la octava, la novena por las Musas,
y la décima por Mnemósine. Bebo la copa en tu honor,
Cipris, pues borracho o cuerdo nunca te olvido, ni a los Amores...

(DE POSIDIPO)

Nota al epigrama 168

Estamos ante un epigrama báquico, típicamente *alejandrino*. Nanno es el nombre de la amante (una cortesana) del poeta arcaico Mimnermo de Colofón. Lide es la amante de Antímaco, autor de versos elegíacos, contando casos de amor desgraciado. Los versos que aluden —tan académicamente— a Homero, Hesiodo y las Musas con Mnemósime (la Memoria) su madre —perfecto altar para un erudito— suponen muchos estudiosos (Jacobs, Paton, Fernández-Galiano) que son añadidos espúreos. En cualquier caso vemos al placer dando civilizadamente la mano a la sabiduría...

169

Huí de tu yugo, Teodoro. Mas apenas dije:
«He escapado a mi rigurosa suerte», otro aún más
duro se me impone. Ahora soy de Aristócrates
infeliz siervo, y temo un tercer amo...

(DE DIOSCÓRIDES)

170

Libaciones, incienso y vosotros dioses
asociados al vaso, que tenéis mi amistad;
sed mis testigos, oh poderosos, pues por vosotros
juró Ateneo, el semejante a la miel...

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 170

Epigrama muy posiblemente incompleto.

171

Devuélveme, igual que lo llevaste, al hermoso peregrino
Eufrágoras, oh Céfiro, el más bondadoso de los vientos.
Y acorta la duración de los meses, que hasta una sola
hora se convierte en mil años para el amante.

(DEL MISMO)

172

Si odiar da dolor, y amar es también doloroso, de los dos
males
escojo el de herida más suave y ligera.

(DE EVÉNO)

173

Demo y Termión me matan. Una es cortesana,
la otra aún no ha conocido a Cipris.
Toco a una, tocar a la otra es imposible. Por Cipris,
que no sé cuál de las dos es más apetecible.
Mas creo que escogería a la virgen Demo, pues no me gusta
hallar todo hecho, y me es más atractivo lo guardado.

(DE FILODEMO)

Nota al epigrama 173

Confróntese la nota del epigrama 53.

174

¿Hasta cuándo te resistirás, queridísimo Ciro? ¿Qué haces?
¿No tienes piedad de tu Cambises?, dime.
No seas un Medo; pues bien pronto serás un Sacas,
y los pelos te convertirán para mí en Astiages.

(DE FRONTÓN)

Nota al epigrama 174

De nuevo se trata de un epigrama *cultista*. Aprovechando el nombre persa del amado —Ciro— (frecuente en época helenística) el poeta utiliza en su requiebro nombres tomados de la *Ciropedia* de Jenofonte. Cambises es el padre de Ciro. Astiages, rey de los medos, era suegro de Cambises. Y Sacas es el copero de Astiages. Lo que en el epigrama importa, sin embargo, más que la relación de estos nombres, es —sobre todo al final— su doble sentido en griego. Sacas (Σάκας, de σάκος, saco, o tela basta) hacía alusión al nacimiento de la barba en el chico, y para Astiages, vale lo explicado en el *calembour* del epigrama 11, o sea, *el que no se empalma*.

175

No rehuses tus muchachos esclavos a los que te
acompañan,
o no les pongas apetecibles chicos como escanciadores.
¿Pues qué hombre, en efecto, es de acero contra el amor,
o insensible al vino, o no gusta echar el ojo a hermosos
muchachos?
Son el patrimonio de la vida. Pero si esto no te gusta,
Diofón, vete adonde no haya ni amor ni ebriedad,
e invita a Tiresias y a Tántalo a tu casa:
Uno no ve, y el otro se contentará con mirar.

(DE ESTRATÓN)

Nota al epigrama 175

Tiresias, anciano adivino mitológico, era ciego. Y Tántalo estaba condenado en el Hades, muerto de sed, a ver solamente el agua. Ambos son personajes *infernales* (Ulises descendió al Hades para que Tiresias le profetizara el futuro) y de ahí el sentido segundo del epigrama, que manda a Diofón al Infierno.

176

¿Por qué tan cariacontecido, Menipo, y cubierto de pies
a cabeza,
tú que antes llevabas la clámide por los muslos?
¿Por qué, la cabeza gacha, me dejas pasar y no me miras?
Sé lo que escondes: llegó ya lo que tanto dijimos.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 176

A Menipo, un adolescente, le han salido pelos en las piernas.

177

Cuando nos decíamos adiós, ayer al atardecer,
Moirís me besó, y no sé si fue verdad o sueño.
Pues aunque todo lo demás me pareció real,
las cosas que me decía o que me preguntaba,
debió ser sueño el beso. Ya que si fue verdad
¿cómo siendo un dios, estoy aquí en la tierra?

(DEL MISMO)

178

Ardí, cuando Teudis brilló en medio de los demás
muchachos,
tal el sol al elevarse por sobre los astros.
Y sigo ardiendo, ahora que un velo nocturno le oculta,
porque aunque en el poniente, él es el sol todavía...

(DEL MISMO)

179

Te juré, hijo de Cronos, que a nadie diría nunca
lo que Teudis me dijo que hiciéramos.
Pero mi alma rebelde y llena de orgullo, vuela
exaltada, y no puede ya ocultar su bien.
Diré (y tu perdón pido): «Se ha dejado, Padre Zeus».
¿Qué gracia hay en ser feliz, cuando nadie lo sabe?

(DEL MISMO)

180

Reviento de calor, pero para, muchachito,
de darme aire con esa tela de lino.
Tengo otro fuego dentro por el vino encendido,
que aumenta, sí, cuando tú me abanicas.

(DEL MISMO)

181

Mentira es, Teocles, el cuento que dice
que las Gracias son tres y de Orcómenos.
Cincuenta veo yo revolotear por tu cara,
todas con flechas, y encantando a los hombres.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 181

Orcómenos era una localidad de Beocia, en Grecia, donde, según la tradición, había comenzado el culto a las Gracias.

182

Me besas ahora en vano, porque el fuego del amor
se apagó en mí, y ya no puedo verte como dulce amigo.
En efecto, me acuerdo de los días en que me rechazabas,
Dafnis, pero es tarde. Siempre cabe el arrepentimiento.

(DEL MISMO)

183

¡Qué delicia, Heliodoro, serían tus besos
si no me los dieras con labios voraces,
sino cerrados y despacio, como en casa,
cuando tú no estás, me besa una imagen de cera!

(DEL MISMO)

184

No intentes ganarte a Menedemo con astucias,
guíñale el ojo tan sólo, y abiertamente te dirá: «Adelante».
Pues no pierde el tiempo. Incluso al guía enseña el camino.
Es más practicable, no diré que un canal, sino que un río.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 184

El final de los versos tercero y cuarto son citas (integradas al texto) de la *Ilíada*, XXI, 262 y 259.

185

Esos soberbios muchachos vestidos de púrpura,
tales, que nunca a ellos nos acercamos,
como higos maduros son en roquedales altos:
se los comen, Dífilo, los buitres y los grajos.

(DEL MISMO)

186

¿Hasta cuándo levantarás despreciativo la ceja,
Mentor, sin decirme siquiera los buenos días,
como si siempre fueses a ser joven y siempre ejecutar
la danza pírrica? Considera que todo termina.
Te nacerá la barba, el último y peor de los males,
y sabrás entonces lo que es estar sin amigos...

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 186

Pirro —hijo de Aquiles y Deidamia—, tras haber dado muerte a Eurípiles, hijo de Telefo, bailó con desordenada y juvenil alegría una danza que se consideró después parte de los cultos misté-ricos de Rea.

187

¿Cómo, Dionisio, enseñarás a leer a ese muchacho,
siendo así que apenas sabes tú cambiar de tono?
Deprisa pasas del más agudo al más bajo,
y de la tensión más endeble a la más gorda.
No te envidio. Practica eso tú solo. Y con los dos
tonos, diles *lambda* y *alfa* a los envidiosos.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 187

El epigrama, de evidente doble sentido erótico, es bastante oscuro. *Lambda* y *Alfa* son nombres de letras griegas, iniciales, tal vez, de palabras de contenido erótico. Quizás, λαβδαχίζειν (chuparla) y ἀνάφλανω (masturbar).

188

Si al besarte crees que te he injuriado, y te molesta,
bésame también tú, y devuélveme así el insulto.

(DEL MISMO)

189

¿Quién tan bellamente te coronó de rosas? Si fue tu amante,
afortunado él; si fue tu padre, pues también tiene ojos.

(DEL MISMO)

190

¡Dichoso el que te pintó, y dichosa la cera
que aprendió a ser vencida por tu belleza!
¡Ojalá tenga yo la ondulación del roedor gusano,
y entre en la pintada madera y la devore!

(DEL MISMO)

191

¿No eras todavía ayer mocito? Sí, cierto, ni sospecha existía
de la barba. ¿Cómo, pues, se pudo producir este fenómeno?
Lo que antes era hermoso, yace cubierto de pelos. ¡Ay, raro prodigio!
¿Si ayer eras Troilo, cómo te has convertido hoy en Príamo?

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 191

Troilo era el hijo menor de Príamo.

192

El pelo largo y los rizos demasiado compuestos no me entusiasman,
porque son resultado del arte y no de la naturaleza.
Me gusta el muchacho que sale de la palestra cubierto de sudor
y polvo, o el color que da el aceite a sus miembros esbeltos.
Me arrebata el deseo cuando no hay ornato: Que
la artificiosa belleza es asunto de femenina Afrodita.

(DEL MISMO)

193

¿No escuchas, Artemidoro, lo que en voz baja dicen
las Némesis de Esmirna, «nada más allá de la medida»?
Y tú lanzas discursos arrogantes y altivos, que ni
a un actor convendrían que siempre interpretase un papel
mismo.
Acuérdate de esto, presuntuoso chico: Te enamorarás
e interpretarás también tú «La mujer desdeñada».

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 193

Némesis era una divinidad muy venerada en Esmirna, y había frecuentes estatuas representándola (posiblemente con inscripciones al pie) por las calles. *La desdeñada* (Ἀποκλειομένην) es el título de una comedia de Apolodoro de Caristo o de Posidipo de Casandria, ambos contemporáneos y ambos seguidores del arte de Menandro.

194

Si Zeus arrebatase aún de la tierra al cielo
muchachos que le escanciasen el dulce néctar,
el águila habría tomado ya entre sus alas
al hermoso Agripa, para servicio de los inmortales.
Si le vieses, por ti lo juro, hijo de Cronos, padre del
mundo,
en poco tendrías al mocito frigio, estirpe de Dárdano.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 194

El frigio dardánida es, naturalmente, Ganimedes.

195

Las praderas, que el céfiro ama, no tienen tantas flores,
en el apretado esplendor de la primavera,
como hermosos muchachos puedes ver, Dionisio,
moldeados por las manos de Cipris y de las Gracias.
Pero mira entre todos florecer a Milesio,
como una rosa brillante de perfumados pétalos.
Aunque quizá él no sepa que igual que las flores
por el calor, perece la belleza por el pelo.

(DEL MISMO)

196

Como centellas son tus ojos, Licino, hermoso como
un dios.
O mejor como rayos que echan fuego, querido mío.
No puedo mirarte de frente mucho tiempo,
con tal fuerza sale el relámpago de tus dos ojos.

(DEL MISMO)

197

«Cada cosa a su tiempo», decía uno de los siete sabios.
Todo es más deseable, Filipo, cuando está en flor.
Incluso el pepino, cuando nace en el huerto, vale
algo. Después, al madurar, es comida de cerdos.

(DEL MISMO)

198

Amigo soy de la juventud, y no prefiero un muchacho
a otro
sólo por la belleza, que uno tiene un encanto, y otro, otro.

(DEL MISMO)

199

Bebí ya más de la cuenta, pues ni mi mente
ni mi lengua se están quietas.
La lámpara me enseña una llama doble,
y tras mucho intentarlo, cuento dobles a los invitados.
Y no sólo me siento atraído hacia el copero,
pues, fuera de estación, veo también a Acuario.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 199

Se refiere —el último verso— a la constelación de Acuario, en la que se decía que Ganimedes se había transformado. O que era, al menos, su símbolo.

200

Detesto los besos difícilmente logrados, y las voces
que protestan, y las manos que hacen violenta oposición.
Y sin embargo tampoco me gusta que el que esté en mis brazos, enseguida consienta, a gusto plenamente.
Prefiero un término medio, alguien que conozca ambas cosas, y que a la vez consienta, pero que no consienta...

(DEL MISMO)

201

Si Cleónico no viene ya, nunca más le recibiré
bajo mi techo, no, lo juro por... Pero no quiero jurar,
pues a lo mejor no viene por cosa de un sueño, y mañana
vendrá. No vamos a echar todo a perder por un día...

(DEL MISMO)

202

Eros alado me condujo por el aire, Damis,
al recibir tu carta diciéndome que pronto vendrías
de Esmirna a Sardes. Los hubiese vencido,
a Calais y a Cetes, si hubieran competido conmigo.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 202

Calais y Cetes eran hijos alados del viento Bóreas y de la ninfa Oritia.

203

Me besas cuando no quiero, y te beso cuando no quieres.
Eres fácil si rehuyo, y difícil si lo intento.

(DEL MISMO)

204

Ahora puedes decir «da oro por bronce». El hermoso
Sosiades y el peludo Diocles juegan a este «toma y daca».
¿Quién mezclaría rosas y zarzas, higos con setas malas?
¿O quién mezclaría un buey con un cordero recental?
¿Qué das, chico imprudente, y qué recibes a cambio?
Lo mismo que daba Glauco al hijo de Tideo.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 204

El epigrama alude (y cita en el primer verso) un pasaje de la *Ilíada* (VI, 234 y ss.) que dice así: «*Entonces Zeus Crónida hizo perder la razón a Glauco, pues permutó sus armas por las de Diomedes Tidida, las de oro por las de bronce, las valoradas en cien bueyes por las que en nueve se preciaban.*» (Trad. de Luis Segalá y Estalella.)

205

Un encantador muchachito, hijo de mi vecino, me excita y no poco. Sonríe como queriendo cosas que no desconoce. Tiene apenas doce años. Ahora nadie vigila los racimos, aún inmaduros. Cuando maduren habrá guardas
y empalizadas...

(DEL MISMO)

206

—Si sabes, cogerás a tu adversario por el centro,
y después, tumbado,
le echas el yugo, empujas, te pegas bien y lo retienes.
—Tú estás loco, Diofanto, apenas se puede hacer todo eso. El ejercicio con los niños es muy diferente.
—Menéate y estate quieto, Ciro, y aguanta el golpe. Con un amigo hay que practicar antes de hacerlo con otros.

(DEL MISMO)

207

Ayer, en el baño, Diocles dejó ver su pija
al salir del agua, como otra Afrodita Anadiomene.
Si se la hubiera enseñado a Paris sobre el Ida
más le habría gustado, de seguro, que las tres diosas.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 207

El término que traduzco por *pija* es σαῦρος (lagarto), denominación específica de un tipo de pene muchachil, como quedó indicado en la nota del epigrama 3, también de Estratón.

Afrodita Anadiomene, o sea, *surgiendo del agua,* es una clásica representación del nacimiento de la diosa. En la Antigüedad existió una célebre pintura de Apeles sobre el tema.

208

Afortunado librito, no tengo celos si, tras leerte, un muchacho
te enrolla de nuevo, y te acerca distraído a sus mejillas,
o te pasea por sus delicados labios, o te hace entrar
entre sus suaves muslos, ¡oh mil veces feliz!
A menudo te llevará entre un pliegue de su túnica, junto al pecho,
y a veces, un movimiento, te hará tocar sus ocultas partes sin miedo.
Mucho y despacio sabrás contar de él, caro librito,
pero te ruego que a mí me digas algo más particular, en mi provecho.

(DEL MISMO)

209

No te quedes tumbado así, cansado y triste,
Dífilo, como si fueses un chico del montón.
Pon un poco de lascivia en tus besos, y que antes del acto haya juegos, tocamientos, riñas y palabras...

(DEL MISMO)

210

Cuenta tres en una cama, de los que dos son activos y dos pasivos. En verdad parece algo muy extraordinario, pero no miento. Porque el dè enmedio tiene doble función. Pues hace gozar, por detrás, y él mismo goza, por delante.

(DEL MISMO)

211

Si no estuvieses ya iniciado en la suprema cosa que te pido,
tendrías razón al temer, imaginando que es algo muy terrible.
Pero si tu maestro, con el que duermes, te ha hecho ya experto,
¿por qué rehúsas hacerlo con otro, recibiendo lo mismo?
El te lo exige, como una deuda, y cuando se ha satisfecho,
tu maestro se duerme sin dirigirte ni una sola palabra.
Conmigo tendrás otros placeres. Jugamos lo mismo, y lo mismo hablamos.
Y además, yo te lo pido. Nunca se me ocurriría ordenártelo.

(DEL MISMO)

212

¡Ay, ay! ¿Por qué lloras ahora, y por qué bajas los ojos, muchachito? Habla y no te lamentes. ¿Qué quieres?
Me extiendes tu hueca mano ¡ay de mí!
y me pides dinero. Pero ¿dónde has aprendido eso?
No hace mucho te gustaban los pasteles de trigo, y el sésamo
con miel, o jugar hábilmente con las nueces.
Ahora, por lo que veo, buscas beneficio. ¡Ojalá muera
quien te enseñó eso! ¡Mi muchacho me ha desaparecido!

(DEL MISMO)

213

Contra el muro has apoyado tu trasero que atrae tantas miradas,
Ciro. ¿Pretendes tentar a la piedra? Ella no puede...

(DEL MISMO)

214

Hazlo conmigo, y toma el dinero. Y me dices: «Soy rico». Hazme entonces el favor por nada, como haría un rey.

(DEL MISMO)

215

Ahora eres la primavera, después serás el verano. Y luego ¿qué serás,
Ciro? Piénsalo bien. Después vienen los rastrojos...

(DEL MISMO)

216

Ahora estás tiesa y bien dura, ahora que no hay nada.
Y ayer, cuando sí era necesario, estabas tú sin aliento...

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 216

Como en castellano, muchas de las designaciones *secretas* del pene son también en griego, palabras femeninas. Así, οὐρά (cola), κριθή (cebada, o más exactamente el grano de la cebada), etc.

217

Te tiran las cosas del ejército, siendo todavía un
muchachito
inexperto y delicado. ¿Qué estás haciendo? Olvida todo
eso.
¡Ay! ¿Quién te convenció para tomar la lanza, y poner
un escudo
en tu brazo? ¿Quién de ocultar tu cabeza bajo un yelmo?
¡Mil veces dichoso el que un día, cual nuevo Aquiles,
bajo su tienda goce de este Patroclo!

(DEL MISMO)

218

¿Hasta cuándo aguantaré que sólo te rías, sin decir palabra?
Contéstame llanamente, por favor, Pasífilo.
Te lo pido, y ríes. Te lo vuelvo a decir, pero no respondes.
Lloro, y sigues riendo. Bárbaro niño, ¿qué es esa risa?

(DEL MISMO)

219

¡Y vosotros, maestros de escuela, además cobráis! ¡Qué ingratos!
¿Por qué? ¿Ver a los muchachos, lo juzgáis poca cosa?
¿Y hablarles, también, y besarlos cuando os saludan?
¿No vale, eso ya solo, cien piezas de oro?
¡Que me envíe uno, el que tenga hermosos muchachos! Y que
el chico me bese, y recibirá de mí el pago que quiera.

(DEL MISMO)

220

No es por haber robado el fuego por lo que estás
encadenado, Prometeo
imprudente. Sino porque echaste a perder la arcilla de
Zeus.
Hiciste hombres, y les salieron pelos, y esa horrible barba,
y el vello que crece en las piernas de los muchachos.
Por eso te desgarra el águila de Zeus, que raptó
a Ganimedes. Pues la barba atormenta también a Zeus.

(DEL MISMO)

221

¡Elévate en el éter, llevando al muchacho,
águila, entre tus alas abiertas!
Ve, llevando al hermoso Ganimedes, y no dejes caer
al escanciador de las copas más dulces a Zeus.
Y cuida también no herirle con la garra corva,
que de ser así, Zeus sufriría un dolor inmenso...

(DEL MISMO)

222

Una vez un gimnasta que, a ratos, enseñaba a un joven esclavo,
le había hecho arrodillarse y doblándole le ejercitaba el tronco,
acariciándole, a la vez, los testículos. Pero, por casualidad, apareció
el dueño de la casa, que venía buscando a su muchacho esclavo.
El gimnasta, entonces, colocado el chico entre sus pies, le echaba
hacia atrás, mientras le apretaba con las manos la garganta.
Pero el dueño de la casa que no era inexperto en la palestra,
dijo: ¡Para, para, que me estás dando por culo al muchachito!

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 222

El verso final dice textualmente: *que estás ahogando al muchachito.* Pero hay un evidente juego de palabras entre πνιγίζεις (de πνίγω, ahogar) y πυγίζεις (de πυγίζω, sodomizar, porculizar).

223

El rostro hermoso de un muchacho que se acerca me contenta
del todo, y no necesito mirarle por detrás cuando se aleja.
De la misma manera contemplamos la estatua y el templo
de un dios. De frente, nunca dando la vuelta.

(DEL MISMO)

224

Hemos ido hasta aquí juntos por buen camino,
y deberíamos
ver el modo, Dífilo, de continuar así.
Cada uno tenemos en este momento un don fugitivo:
Tú la belleza, y yo el amor. Uno y otra están a punto.
Unidos ahora podrán durar algún tiempo, pero si no se guardan uno al otro huirán enseguida...

(DEL MISMO)

225

No conviene cuando surge la matinal luz del sol
unir al ardoroso Can con el Toro.
No sea que regando a la fértil Démeter,
se moje la vellosa mujer de Heracles.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 225

Epigrama de contenido sexual oscuro, basado en el doble sentido de los términos. Can y Toro (o Tauro) son nombres de constelaciones, pero además, perro (κύων), puede también significar en griego el frenillo del prepucio. Y toro (ταῦρος), el perineo. La alusión a Démeter —diosa de los cereales— parece aludir a la comida, tal como Juvenal (*Sátiras* IX, 43-44) dice: *An facile et pronum est agere intra viscera penem/ legitimum atque illic hesternae occurrere cenae?* (¿Es fácil, acaso, y atractivo empujar dentro de tus entrañas un pene de buen tamaño y encontrar ahí la cena de la víspera?) El asunto es una crítica a un marica avaro. De otro lado, la esposa de Heracles es Hebe —diosa de la juventud—, pero el término "ηβη (hebe) puede significar asimismo pubis. (Se nos dice, además, que Hebe está adornada de *abundante pelo.*) Parece más claro, sin embargo, que *la vellosa mujer de Heracles* sea la maza, símbolo de la fuerza del semidiós. Y maza o porra (ῥόπαλον) designa también, en griego, el miembro masculino. Con lo que el epigrama desaconsejaría el coito anal, al alba, por peligros relacionados con el fin de la digestión.

226

Toda la noche, gimiendo y llenos los ojos de lágrimas,
he intentado calmar con sollozos mi corazón despierto.
Mi corazón desolado, privado como está de mi amigo.
Pues ayer me dejó Teodoro, para irse a su Efeso natal.
Si él no vuelve muy pronto, por mucho tiempo
no podré soportar esta cama, en la que estoy solo.

(DEL MISMO)

227

Si quiero ver de frente a un muchacho guapo que va
delante de mí,
le adelanto primero un poco, y de repente, me doy la
vuelta.

(DEL MISMO)

228

Intentar hacerlo con un niño, en edad no razonable,
es una grave falta en el amigo que le persuade.
Pero sufrir, joven ya crecido, lo que se hace a los
muchachos,
es doblemente vergonzoso para el que se presta de nuevo.
Mas ninguno de ésos es nuestro caso, Moiris, así es que
resulta interesante el momento en que estamos tú y yo...

(DEL MISMO)

229

¡Que buena diosa es la temible Némesis,
Alexis, por la que hacemos nuestros juramentos!
No veías que te seguía, y creías tener
para siempre tu deseable belleza;
y ahora ha sucumbido. Pues llegó ella, la irritable
diosa, y nosotros, tus servidores, hemos partido.

(DEL MISMO)

230

A ese Teócrito de hermosa piel oscura, si me odia,
ódiale tú cuatro veces, pero ámale si me ama.
Sí, por Ganimedes de hermosa cabellera, sí, dios del cielo.
Tú también has amado. No digo más nada.

(DE CALÍMACO)

231

El padre del enamorado Euclides ha muerto. ¡Afortunado compañero!
Antes tenía un padre siempre dispuesto a hacer lo que él quería,
y ahora es un benévolo cadáver. Yo tengo que alegrarme a escondidas.
¡Ay, enojosa suerte la mía, y padre inmortal!

(DE ESTRATÓN)

232

Ahora estás derecha, innombrable cosa, y a plena fuerza;
perfectamente tiesa, como si siempre fueses a estarlo.
Pero cuando Nemeseno se acostó conmigo,
dándome cuanto yo le pedía, tú colgabas muerta.
Ponte bien tiesa y estalla y llora, todo para nada.
Te aseguro que no te socorreré con la mano.

(DE SCYTINO)

233

Crees, comediante, que la flor de tu edad es «El Tesoro».
Y no sabes que es más rápida al pasar que «El fantasma».
El tiempo hará de ti un «Odiado» o un «Rústico».
Y entonces buscarás tan sólo «La Pelona».

(DE FRONTÓN)

Nota al epigrama 233

Los títulos citados son todos comedias de Menandro.

234

Si orgulloso estás de tu belleza, sabe que la rosa florece
también,
pero muy pronto se marchita, y la tiran al estercolero.
La belleza y la flor duran lo mismo,
y el envidioso tiempo las acaba a ambas.

(DE ESTRATÓN)

235

Si la belleza acaba, dámela, antes que pase.
Mas si dura ¿qué temes al dar lo que no termina?

(DEL MISMO)

236

Cierto eunuco posee muchachos muy bellos. ¿Con qué fin?
Además les causa, sin duda, un gran perjuicio.
Es como perro que ladra guardando las rosas de un
jardín,
de nada puede gozar ni él mismo, ni ningún otro.

(DEL MISMO)

237

Adiós, tú que finges detestar a los malvados, adiós,
miserable.
Tú, tiempo atrás me habías jurado no darte a nadie.
No jures más, que he aprendido, y ya no me engañarás
nunca.
Que sé dónde y cómo, y con quién y por cuánto.

(DEL MISMO)

238

Los perrillos saben procurarse unos a otros
recíprocos goces, librándose a sus deseos.
Por turno monta cada uno la espalda del otro,
acostumbrándose así a hacer y a padecer.
Nadie es más que nadie. El que se yergue ahora
sobre sus patas, enseguida se dará la vuelta.
Como certeramente dice un proverbio: Para disfrutar
nadie sabe rascar a un asno como otro asno.

(DEL MISMO)

239

Pides cinco dracmas, te daría diez e incluso veinte.
¿No basta? Monedas de oro, entonces. El oro bastó
antaño a Dánae.

(DEL MISMO)

240

Los cabellos me blanquean ya en las sienes,
y el miembro me cuelga, ocioso, entre los muslos,
los testículos no trabajan y llega, triste, la vejez.
Sé joder bien con los muchachos, pero ¡ay! ya no puedo.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 240

Traduzco πιγιζειν (en latín *paedicare*) por *joder con un chico*, ya que el epigrama no tiene el tono jergal que resultaría al decir en castellano —traducción, sin embargo, más correcta— *porculear*.

241

Has hecho un anzuelo, niño, y me has puesto de cebo.
Tírame donde quieras, pero despacio, no sea que me escape.

(DEL MISMO)

242

La pilila de Agatón era ayer de rosados dedos.
La misma, ahora, ya tiene rosados brazos.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 242

Traduzco el epigrama 21, del libro XI de la *Palatina*, de Estratón también, versión más redonda que el casi similar del libro XII, cuyo casi único cambio es el nombre de Agatón, por el de Alcino. El término griego de *pilila* es el ya conocido de σαῦρος (lagarto). El juego del epigrama se basa en la utilización erótica —aplicados al tamaño del pene de un muchacho que crece— de dos conocidos adjetivos homéricos. Recuérdese la *Aurora rododáctilos*, o de rosados dedos, etc.

243

Si el joder muchachos me ha perdido, y padezco por ello,
ya que tengo podagra, transfórmame, Zeus, en tenedor.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 243

El epigrama, de comprensión oscura, se basa en un juego de términos entre ποδάγρα (podagra) y κρεάγρα (tenedor para carne), ya que en ambos interviene el verbo ἀγρέω (prender, agarrar).

244

Si veo a un muchacho de piel blanca, muero; si es de color miel,
ardo; si es rubio, me deshago en el aire por entero.

(DEL MISMO)

245

Todo animal irracional conoce únicamente el coito,
nosotros, racionales, tenemos sobre los animales una ventaja.
Hemos hallado el arte de sodomizar. Los que están en poder
de las mujeres, no tienen ventaja alguna sobre los animales sin razón.

(DEL MISMO)

246

Me ama una pareja de hermanos, y yo no sé
a cuál dar mi preferencia, pues me gustan ambos.
Uno va y otro viene; y lo que es más hermoso de uno
es su presencia, y del otro mi deseo cuando está ausente.

(DEL MISMO)

247

Teodoro, igual que Meríones, al que Idomeneo
llevó de Creta a Troya como su servidor,
eres tú para mí un amigo doble.
El otro era ahora servidor y luego amante.
Igual tú, de día me prestas tus servicios,
y de noche, acostados juntos, haces de Meríones.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 247

Leve juego semántico (cf. epigrama 97) con el nombre Meríones.

246

Me ama una pareja de hermanos, y yo no sé
a cuál dar mi preferencia, pues me gustan ambos.
Uno va y otro viene; y lo que es más hermoso de uno
es su presencia, y del otro mi deseo cuando está ausente.

(DEL MISMO)

247

Teodoro, igual que Meríones, al que Idomeneo
llevó de Creta a Troya como su servidor,
eres tú para mí un amigo doble.
El otro era ahora servidor y luego amante.
Igual tú, de día me prestas tus servicios,
y de noche, acostados juntos, haces de Meríones.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 247

Leve juego semántico (cf. epigrama 97) con el nombre Meríones.

248

¿Quién puede saber que su amado perdió la adolescente
flor
si, viviendo siempre con él, no le deja nunca?
¿Quién puede no gustar hoy, habiendo gustado ayer?
¿Y si hoy gusta, por qué dejará de gustar mañana?

(DEL MISMO)

249

Abeja nacida del buey, ¿por qué habiendo visto mi miel,
das vueltas alrededor del claro rostro de este muchacho?
¿No dejarás de mosconear y de querer tocar con tus patas,
que cogen la flor, su piel que no ha sufrido tacha alguna?
Vete a tus colmenas que producen miel, vamos, vete,
no sea que te atraviese yo, que tengo aguijón también,
el del amor.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 249

El origen de la abeja, coincide con Virgilio, *Geórgicas IV, in fine. (Hic vero subitum ac dictu mirabile monstrum/ aspiciunt, liquefacta boum per viscera toto/ stridera apes utero et ruptis effervere costis...* Pero he aquí que de pronto ven un milagro que el sólo contarlo maravilla: En la entraña hecha pus de los bueyes hay abejas que zumban en el vientre y bullen de las rotas costillas...)

250

Al volver, después de la fiesta, en hora nocturna,
yo, el lobo, hallé a un cordero junto a la puerta:
el hijo de mi vecino Aristódico. Enseguida le abracé
y le cubrí de besos, prometiéndole con juramento muchas cosas.
Pero ahora ¿qué le llevaré de regalo? Pues no debo
engañarle, y no merece, desde luego, juramentos sicilianos...

(DEL MISMO)

251

En otro tiempo juntos gozamos besos cara a cara y otras cosas,
menos la prueba decisiva, pues eras, Dífilo, entonces, sólo un muchachito.
Pero ahora, te imploro que lo hagamos por detrás, pues más tarde
ya no será debido. Cada cosa hay que hacerla a su tiempo.

(DEL MISMO)

252

Te incendiaré, puerta, con esta lámpara, y cuando en mi
embriaguez,
haya quemado, al mismo tiempo, al que habita esta casa,
huiré
rápidamente, y navegando por el vinoso Adriático,
vagabundo,
al acecho estaré de las puertas que se abren de noche...

(DEL MISMO)

253

Dame un momento tu mano derecha, no para dejar
de bailar en corro, aunque ese hermoso muchacho se ría
de mí.
Mas si él no estuviera echado ahí, junto a su padre,
te juro que no me habría visto, sin causa, presa de la
embriaguez.

(DEL MISMO)

254

¿De qué templo, de dónde viene ese tropel de Amores,
vertiendo luz sobre todo? Señores, me ciegan los ojos.
¿Cuál de entre ellos es esclavo? ¿O cuál libre? Un hombre,
ciertamente, no podría ser su dueño. Mas si así es,
ese hombre es superior a Zeus, que, siendo dios tan
grande,
no posee más que a Ganimedes, mientras que él es dueño
de todos estos...

(DEL MISMO)

255

¿Es que no te enseña la palabra misma, espíritu tosco,
definiendo tan certeramente su propio sentido?
Se dice *pederasta*, Dionisio, y no *pedefortierasta*.
¿Tienes algo que replicar a eso?
Yo juzgo los juegos píticos, y tú los olímpicos;
a los que yo excluyo, los admites tú en la competición.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 255

Hay un juego de palabras, difícilmente traducible, entre φιλόπαις (pederasta, amante de los muchachos) y φιλοβούπαις, que vendría a significar amante de los muchachos gruesos o fuertes como bueyes, o sea, mayores. Los juegos píticos se celebraban en Delfos, en honor de Apolo, cada cinco años, antes que los juegos olímpicos, que se celebraban cada cinco años también, en Olimpia, en honor de Zeus.

256

Para ti, Cipris, cosecha Eros con sus manos un haz de
frutos,
la flor de los muchachos, en una corona que deleita el
alma.
Enlaza en ella a Diodoro, suavísimo lirio,
con Asclepíades, que es una dulce violeta.
Entreteje a Heráclito luego, como rosa que brota
entre espinas; y a Dión añade, que florece cual flor de
viñedo.
Y junta a Terón, azafrán de cabello dorado,
y a Ulíades, además, que es una vara de serpol.
Y a Miísco entrelaza, lujuriante retoño de olivo verde,
hermosa rama que ciñe a los vencedores.
Sagrada Tiro, la más feliz de las islas, pues tiene en ti
Cipria un abundante jardín, cuyas flores son garzones.

(DE MELEAGRO)

Nota al epigrama 256

Según algunos, este epigrama —en el que Meleagro pasa revista a los muchachos favoritos de su adoptiva Tiro— sería el proemio a alguna sección de su propia Corona —la primera antología de epigramas griegos que se realizó, hacia el 100 a. de C.

257

Yo, signo que anuncio la meta última,
fiel guarda que encierra las líneas escritas,
declaro que este libro, en que se acopian
versos de todos los poetas, tiene por autor
a Meleagro, que para Diocles trenzó esta guirnalda
inmortal, con flores que a las Musas gustan.
Y yo, sinuoso cual cola de dragón, en mi trono
presido el final de este literario esfuerzo.

(DEL MISMO)

Nota al epigrama 257

Se trata, sin duda, del epigrama que cerraba la *Corona* (o *Guirnalda*) de Meleagro. El *signo* que habla es el κορώνη (corneja), signo serpentiforme que indicaba el final de un papiro.

258

Tal vez alguien, en el futuro, leyendo estos poéticos juegos,
crea que son todos los poemas que me ha inspirado el amor.
Pero no, pues siempre ando burilando nuevos versos para nuevos muchachos
amantes, cuando algún dios me concede ese favor.

(DE ESTRATÓN)